

Revista de América

HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO

Los señores:

Aguilar

•*Brocha Gorda*•

Darlo

Della Costa

Diaz

Facio

Gómez Carrillo

Jaimes Freyre

Núñez

Pardo

Roncotoroni

DIRECTORES:

RUBÉN DARÍO

RICARDO JAIMES FREYRE

Revista de América

QUINCENAL, DE LETRAS Y ARTES

AÑO I

BUENOS AIRES, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1894

NÚM. 2

CANTO DE LA SANGRE

SANGRE de Abel. Clarín de las batallas.
Luchas fraternales; estruendos, horrores;
Flotan las banderas, hieren las metrallas,
Y visten la púrpura los emperadores.

Sangre del Cristo. El órgano sonoro.
La viña celeste da el celeste vino;
Y en el labio sacro del cáliz de oro
Las almas se abrevan del vino divino.

Sangre de los martirios. El salterio.
Hogueras; leones; palmas vencedoras;
Los heraldos rojos con que del misterio
Vienen precedidas las grandes auroras.

Sangre que vierte el cazador. El cuerno.
Furias escarlatas y rojos Destinos
Forjan en las fraguas del obscuro Infierno
Las fatales armas de los asesinos.

Oh sangre de las vírgenes! La lira.
Encanto de abejas y de mariposas.
La estrella de Venus desde el cielo mira
El purpúreo triunfo de las reinas rosas.

Sangre que la Ley vierte.
Tambor á la sordina.
Brotan las adelfas que riega la Muerte
Y el rojo cometa que anuncia la ruina.

Sangre de los suicidas. Organillo.
Fanfarrias macabras, responsos corales,
Con que de Saturno celébrase el brillo
En los manicomios y en los hospitales.

RUBÉN DARÍO.

LOS POETAS JOVENES DE FRANCIA

A la REVISTA DE AMÉRICA
E. G. C.

ADOLPHE RETTÉ

III

Enemigo apasionado del arte meridional, Adolphe Retté se aleja voluntariamente de las islas luminosas del Mar Divino, y va á buscar, entre la niebla del extremo Norte, el agua poética de las Castalias bárbaras. Para él los *Nibelungos* valen más que la *Iliada*, la *Canción de Igor* más que la *Canción de Rolando* y las crónicas *bilinas* más que las fábulas milesianas. Su paraíso soñado no es el Olimpo majestuoso de los griegos en cuyo santuario florecen los laureles inmortales, sino el Walhala escandinavo en donde los seres de elección se desgarran entre sí los miembros robustos para saborear la suprema voluptuosidad del dolor y de la lucha. Las pasiones hemorrágicas de Wainamoinen le parecen bellas y trágicas, y nada le seduce tanto como los ensueños vagos, incomprensibles é ignotos de las almas germánicas que viven como sombras entre las páginas de los poemas wagnerianos.

Su primer libro de versos, *Cloches en la Nuit*, es un concierto de armonías agonizantes que exaltan la maravilla de lo obscuro y de lo pálido en epitalamios líricos y monótonos cuya belleza no está al alcance de los pobres de espíritu. He aquí las estrofas más claras de ese libro:

«Lago de las Tres Purezas en el cual resbala con lentitud — entre el temblor blanco de umbelas delicadas — y la sombra glauca y el oro de las ondas aduladoras — y la serenidad glacial de Hécate — la barca sencilla y candorosa. — Barca que surca muy lentamente el agua musical, — barca que mece el olvido de las ebriedades brutales. — (Gran ensueño, bello piloto, orienta tus velas — hacia un cielo en donde florece una infancia de estrellas.) — Lago de silencio y de sueño, lago radiante — ¡oh mansedumbre de tus votos!»

..

En *Thulé des Brumes*, segunda obra de Retté, el pensamiento esencial de las estrofas poéticas no resulta más claro que en *Cloches en la Nuit*; pero la sugestión exterior se robustece, y el lector llega á sentirse preocupado por las sombras misteriosas que pasan por delante de sus ojos, aun sin comprender el significado exacto del gesto que las anima. El poeta usa indistintamente del verso y de la prosa para vestir sus evocaciones líricas. A su novia fantasmagórica, le dice, en alejandrinos, la leyenda del amor extático y perverso. A los pobres de la historia los retrata en líneas rítmicas y les pone trajes de oro y de seda para que puedan entrar en la Torre Ebúrnea del arte sin perder el alma humilde y sin manchar los tapices ideales. A los hijos del opio y del humo que flotan en la atmósfera pesada de sus noches fecundas, los acaricia, los llama, los adora, les pide besos carnales, les habla de místicos consorcios y les aconseja que pequen mortalmente para dejar de ser los tristes pensativos de la Nada.

La idea del Pecado atraviesa las creaciones de Retté como una divinidad ideal y benéfica. A veces toma la forma de un cisne corruptor cuyas alas ofrecen tibiezas de sábanas á las vírgenes pensativas; á veces se disfraza de monstruo ligero y nervioso; siempre lleva, en las pupilas, una promesa voluptuosa y eterna. Leyendo *Thulé des Brumes* se siente la nostalgia de los goces ignorados.

..

Y, sin embargo, ese libro es puro en apariencia. Ni tiene descripciones de escenas lascivas, ni habla de lechos humanos. Más aun: ni siquiera deja ver los anhelos lúbricos de los cantores primitivos. Mejor que un himno de erotismo, es una elegía de impotencia. El poeta huye de las mujeres verdaderas, de las mujeres que llevan el goce en sus bocas carnales, y se acerca á las pecadoras incorpóreas. Sus labios piden caricias á las sombras porque saben que no han de conseguir las, y desdeñan los cuerpos tangibles porque temen la lucha brutal.

«Ven acá amada—dice—trae tus dientes luminosos como puñales y tus ojos que son una gran noche astral. Mira el poniente..... ¿Acaso esas magníficas telas que se manchan en el cielo, esa desolación convulsiva de los árboles víctimas de las caricias malignas del Viento, esas flores brotadas como gritos, esa Naturaleza, en fin, que es tortura dolorosa y fealdad permanente, no te dicen nada?..... ¿Acaso no tienes algo de piedad?..... No. Quédate inmóvil y sonriente, entre nimbos de oro, de bruma, de sangre y de hielo.»

.... Y lo mismo que éste, casi todos los cantos de Retté se dirigen á creaturas fantásticas y son, en el fondo, impotentes, por el ansia de besos fantásticos que contienen. La voluptuosidad que de ellos nace es negativa, pues en vez de llevar hacia el deseo directo, conduce á la tristeza de la falta de vigor. Como excitantes para los hombres fuertes, valen poco; como tentaciones nostálgicas para los desesperados de la carne vulgar, son excelentes.

IV

SAINT-POL-ROUX

M. Saint-Pol-Roux es el inventor de lo que hoy se llama en París «Arte Magnífico». Según sus teorías, la Belleza es una forma de Dios hecha verbo de frases, y la Verdad una hermosura sometida por ciertos medios artísticos al espíritu del hombre. El tiene ideas particulares sobre todos los problemas filosóficos ó literarios; y como su ideal no consiste únicamente en ser poeta, sino también en ser apóstol, nunca pierde las oportunidades que se le presentan para exponer ante el público las bases de su evangelio, para convertir á los infieles y para fortificar á los creyentes. Yo he compendiado, con algún trabajo, las cláusulas esenciales de ese evangelio, en algunas páginas de mi cuaderno de apuntes, y gracias á tales notas podré hoy explicar de una manera rápida lo que es y lo que no es el «Arte Magnífico» en sus diversas manifestaciones literarias.

..

Ante todo, no es una escuela. M. Saint-Pol-Roux no quiere que lo sea, sin duda porque las escuelas han pasado ya de moda. Es algo más: es la manifestación de un ciclo de arte en el cual florecerá prodigiosamente el árbol ideal-realista, en el cual los poetas no cantarán por el placer de cantar; en el cual todos los artistas podrán aprovecharse de los efluvios sugestivos del universo; en el cual, por fin, todo será grande y bello.

Si queréis saber cuándo vendrá ese ciclo, oíd á M. Saint-Pol: «En verdad—dice—certainas apoteosis no se verifican sino en una época determinada, antes de cuyo triunfo sólo se ve el sordo período de la incubación y del destierro. Así sucede con la poesía, que es, por esencia, potencial. Su atmósfera no estaba aun preparada, sea porque los poetas careciesen de valor, sea porque los abortadores tradicionalistas hiciesen infecundo ese valor. Desde la Génesis se lamentan los astros cuya luz no ha llegado á nosotros, aunque esa misma luz se precipite hacia nuestros ojos con una rapidez vertiginosa—pero la navidad de los astros resplandecerá.—La Todo-poesía tiene algo de los peregrinos luminosos. Habiendo preparado sus lenguas en nuestras almas valientes, la Revolución puede aparecer ya, virgen ardorosa de los siglos idos, habitadora perfecta de la Libertad, es decir, de la Verdad.»

El poeta magnífico, en general, no admite como maestro director á ningún poeta conocido, ni á Homero, ni á Verlaine, ni á Víctor Hugo, ni á Shakespeare, ni siquiera á Orfeo. A lo más reconoce precursores: «Afirmémoslo con orgullo—dice—el árbol genealógico de los poetas es más rico que el de los reyes, porque su principio está en el seno luminoso de la primitividad—blanca como una abuela, fresca como una virgen—y nuestros bienes hereditarios tienen cómo sostenerse por emanar del que nuestra vista distingue tan inocentemente, del que posee la barba de nieve, de Dios, el abuelo primero.»

M. Saint-Pol-Roux cree que el poeta verdadero sólo tiene un punto de comparación, que es el arpa primordial cuyos sonidos re-

percuten en mil arpas de segundo orden que son los corazones del vulgo.

Esa arpa tiene cinco cuerdas, á saber: vista, oído, olfato, paladar, tacto, conocimiento.—Cuando las cinco cuerdas vibran armónicamente, emerge la bella orquestación «sapidoodorantevisibletangible», ó sea el canto puro y grandioso.

Pero eso no es todo. El poeta tiene dentro de sí algo más que cinco climas sensacionales. El poeta tiene lo visible y lo invisible. El poeta es un mundo refinado y sutil. El poeta deja de ser microcosmos panteísta para convertirse en una imagen purificada y magnífica del Universo. Su ley es la intuición sabia. La filosofía y el arte le pertenecen en principio. Él se sirve de ellos para fecundizar el campo de sus creaciones soñadas. Lo que le preocupa, sobre todo, es la manera de hacer entrar en oídos profanos la ciencia complicada de su lirismo. La «obtusidad» del público lector lo desespera. Mas él se consuela á sí mismo, diciendo: «Yo soy un dios, no hay duda de que soy un dios, porque soy un poeta. Yo concibo un mundo que es el elixir del mundo inicial y que se confunde con las horas corporales.... Mi mundo es copropiedad indivisible de todos, en la república de la Vida. Además de ese mundo tengo otro que es mejor, porque nace de mi espíritu, y es el deseo de «obrar mejor» servido por la moral de mi estética. Mi florecimiento se mide con mi genio para comprender ó enmendar el florecimiento de Dios.» Esta última frase me había hecho pensar en una nueva versión, complicada y soberbia, de la teoría de Oscar Wilde: «El artista no imita á la Naturaleza, sino que corrige sus obras»; pero los amigos del poeta magnífico me han dicho que lo primero no tiene nada que ver con lo segundo. También me han asegurado que Saint-Pol-Roux no desprecia la realidad, sino que, al contrario, trata de estar por encima de ella sin perderla nunca de vista.

Y, efectivamente, en sus obras poéticas se nota cierto amor de la naturaleza, muy sincero y muy ardiente, aunque algo artificial y bastante parabólico. Los valles de Provenza le

gustan porque son «cestos de niñas bonitas que viven entre las lágrimas vertidas por los amantes poetas llamados Mar, bajo la jovial Margarita del sol». Los árboles nunca le aparecen en su forma sencilla. Para él un sauce es lluvia de tirabuzones dolorosos; un encino, carne que apaga la sed sanguinaria de las hachas; un laurel, colina de guirnalda en germen. Sin embargo, uno llega á simpatizar con esos fragmentos de naturaleza enrevesada, porque en el fondo de ellos hay cierta sensibilidad bucólica que conmueve y que impresionan.

En resumen: M. Saint-Pol-Roux es un poeta de provincia, ebrio de frases sonoras y de doctrinas raras. Lo mismo que algunos de sus compañeros del MERCURIO, ha leído las *Divagaciones* de Stéphane Mallarmé y trata hoy de arreglarlas á su modo para sacar de ellas una quinta esencia refinadísima.

V

HENRI DE REGNIER

Henri de Regnier puede ser considerado como el eslabón que une á los poetas antiguos con los poetas nuevos. Sus obras son un reflejo de los espectáculos parnasianos y un eco de las orquestaciones simbolistas. Entre él y René Ghil, hay la misma distancia que entre él y Leconte de Lisle. Los ritos pomposos se mezclan en sus poemas con las liturgias obscuras, y producen efectos originales. Nada tan elegante como las siguientes estrofas que parecen sentidas por Stéphane Mallarmé y escritas por José María de Heredia:

«La tierra dolorosa ha bebido la sangre de los ensueños—el vuelo desvanecido de las alas ha pasado—y el flujo del mar ha borrado esta noche el misterio de los pasos en la arena de las playas;—en el Delta, llenando de matanzas su onda,—piedra por piedra han caído el templo y la ciudad,—y bajo la corriente brilla un relámpago irritado—de oro bárbaro, luciendo en la frente de un simulacro;—junto á la selva nefasta vibra un grito de muerte;—en la sombra donde su paso ha gemido, sueña aún—la desaparición de una

horda terrible,—y la máscara de la Esfinge muda, en la cual nadie explica—el enigma que crispa la línea de la boca—ríe entre la púrpura color de sangre del poniente trágico.»

Esta unión poética de frases perfectamente musicales y de imágenes exóticas ó brumosas, ha hecho decir á algunos periodistas que Henri de Regnier, no sólo anda muy lejos de buscar el goce íntimo de la producción individual, sino que trata de hacerse simpático á los viejos y á los jóvenes por medio de un arte lleno de timidez y de inseguridad. El resultado de su labor, sin embargo, proclama lo contrario. Henri de Regnier no ha conseguido ni la estimación de los unos ni el amor de los otros. Leconte de Lisle lo acusa de «inquieta», Adolphe Retté lo llama monótono, y la crítica miope de todos los partidos literarios dice al hablar de sus poesías: «El arte robusto no tiene aquí su torre ideal; las alas de estas estrofas parecen flecos artificiales; todos estos poemas son la obra de un retórico y no la de un poeta.»

..

¿Retórico? No. El retórico es aquel que trata de vestir fastuosamente el cuerpo flaco de las ideas vulgares. El conde de Cheste diciendo á sus amigos: «Venid á comer conmigo,» en una quintilla alambicada, es un retórico, y D. Víctor Balaguer asegurando en un soneto retorcido que su patria se llama Barcelona, también es un retórico. Regnier no le es nunca, porque en vez de utilizar ideas comunes ó de dar majestad á imágenes vulgarísimas, trata de poner en claro las sensaciones sutiles y de convertir en frases puras los mirajes brumosos. Tanto es así, que á veces llega á hacer compendios de estados de alma puramente metafísicos, en cuatro versos lapidarios.

He aquí una composición suya, muy sencilla en la forma y muy complicada en el fondo:

«Yendo hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta,—bajo los árboles floridos como ramos nupciales,—yendo hacia la ciudad en donde el suelo de las plazas—vibra, en la

noche azul y rosa, con silencio de danzas fatigadas,—encontramos á las muchachas de la llanura—que venían á la fuente—que venían anhelantes—mientras nosotros pasábamos.—La dulzura del cielo claro vivía en sus ojos tristes,—los pájaros de la mañana cantaban en sus voces dulces—(¡oh tan dulces con sus ojos de buen augurio—y tan tiernas con sus voces de palomas indicadoras!)—Ellas se sentaron para vernos, tristes y castas—y sus manos juntas parecían guardar sus corazones en jaulas.... Nosotros vamos hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta,—bajo los árboles floridos para buscar novias—¡oh campanas de alegría en el silencio de las plazas!—las campanas tiemblan como flores que se mecen.»

..

Henri de Regnier ha escrito últimamente algunos prefacios para sus colecciones de versos, que denotan un amor sincero de la poesía ideológica, y que pueden ser considerados como una respuesta desdeñosa á la crítica que censura en su obra la vaguedad y la timidez. Por ellos se ve, desde luego, que el poeta no vacila de propósito entre un arte anticuado y un arte novísimo, sino que busca el medio más propio para expresar, en forma bella, los misterios de su alma. Que esa forma tenga algo de parnasiana y algo de simbolista, á él no le importa. Su estética es amiga del eclecticismo. Él toma en cada jardín las flores que necesita para formar el ramillete de las estrofas. Lo único que le repugna es la vulgaridad, la tontería y la miseria; pero esas tres cosas están tan lejos de él, que ni siquiera han logrado una sola vez llegar hasta sus obras.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

ANGEL CAIDO

ATEZADA la tez, antes de nieve,
porque el sol ya á mirarla no se atreve;
las alas mustias, rotas, desplumadas,
los ojos como brasas encendidas
revolviéndose en pérdidas miradas;
del corazón las fibras carcomidas
por soberbia monstruosa;
en lugar de cabellos escorplones

aguzando el horror de su feroz
que jamás de maldades se reposa;
el labio profiriendo imprecaciones
con que su rabia impenitente expresa;
en Báratro profundo
donde instantes de sueño nunca goza,
mucho más bajo que animal inundo,
sin potencia de amar, pues su egoísmo
le abrió en el corazón ese otro abismo;
así yace el que fuera el ángel bello,
el preferido acaso,
que de réprobo lleva en su alma el sello
y alzarse no podrá de eterno ocaso.....
Mas si, si lo podría
con sólo aborrecer el gran pecado.....
una lágrima sola bastaría.....
¿pero dónde ha de hallarla el desdichado?

RAFAEL NÚÑEZ.

BUENOS AIRES PINTORESCO

LA BOCA

UN PINTOR DE LO FINO Y OTRO DE BROCHA GORDA

HABÍA, al fin, logrado mostrarse el sol rompiendo la monotonía de los días grises. Huían las nieblas húmedas y en el azul de la bóveda se deshacían en cendales caprichosos, en vellones y copos, las nubes importunas.

Pero aun era forzoso remangar los pantalones y ocupar á cada paso un asiento en la sillería de los limpia-botas, armada en tarima á guisa de coro de salmistas. El lodo desafiaba la asiduidad asaz dudosa de las cuadrillas municipales y aun soplaban el cefrillo que enrojece las narices y acartona las orejas.

¡Afuera, á otro ambiente ajeno al llevar y traer de todos los días; otras caras, otros tipos, otros usos, otros olores, otras voces; ¡al puerto, al puerto viejo, á la Boca!.....

Y el tramway corría, corría, corría por la calle de la Defensa, rozando casi los muros conventuales de San Francisco y Santo Domingo, la casa de Moneda con sus jardines tristes; descendía por la del Brasil formando zetas, mirando los montículos boscosos del Parque Lezama, llegaba á la planta baja del paseo Colón, cruzaba los terrenos musgosos de las Catalinas y entraba en una ciudad híbrida, multiforme, pintoresca, que remata en la línea espesa y larga, extendida á izquierda y

derecha en el horizonte formado por los mástiles, vergas, asta-banderas, palizadas y aglomeraciones del puerto, cuyo comienzo no se ofrecía á la vista y en donde los buques, balandras, paquetes, vapores y embarcaciones todas, parecían balancearse en tierra firme y al alcance de la mano ó de la planta del hombre.

El pintor de lo fino y el de brocha gorda, dejaron el tramway para abarcar el cuadro. Al frente el destacamento de policía de bomberos; dentro del enorme arco de la portada, bombas á vapor, escalas, instrumentos, utensilios para incendios. Detrás, la vía recorrida, casas altas y bajas, balcones corridos y en tribuna, ventanas de diverso estilo, fachadas de colores vivos, persianas en variedad múltiple, rótulos, inscripciones, avisos, banderas, muestras, escudos de sociedades benéficas, artísticas y recreativas.

A derecha é izquierda la avenida irregular, extensa, que recorre de Barracas á la Dársena, formada por la línea de los edificios en donde sin solución de continuidad en las tiendas bulle el comercio de toda especie y linaje, y la línea de los malecones determinada por el bosque de mástiles con banderas del mundo entero y por el casco de los buques que se alza y sale más ó menos en el plano, enseñando color, configuración, aspecto y construcciones, en variedad inmensa.

Aquí y allá, negligentemente de pechos en la barandilla, jóvenes pelinegras, pelirubias, tipo moreno, ojos negros, labios rojos, ceji-juntas, mórbidas, olientes á belleza agreste.

—Excelentes volúmenes de positivismo á la rústica.

—Guardaos de ellos. Son para hojeados por los suyos. Los extraños suelen pagar con sangre su lectura.

—El peligro aumenta el precio de las cosas. No se pescan truchas á bragas enjutas.

—Para pescar estamos en golfo de sirenas.

—Cuanta novela en germen, ¿verdad?

—Para vos no; no es vuestra atmósfera: no sois ni seréis naturalista; vos, poeta de lo regio, trovador caballeresco, cantor de la estética pura, que alienta entre sedas y perfumes del Oriente místico, que busca la pasión en

delicados cuerpos, vestidura de cultas almas. No, esto es vulgar, sin grandeza, sin pasiones que no fuesen instintos, sin venganzas que no fuesen crímenes, sin vínculos que no fuesen los sexuales de la generación para el aumento de la especie.

—A propósito, debemos buscar la librería de viejo que tiene novedades y que en estos barrios establece competencia á las del centro de la gran ciudad por lo bajo de los precios. Necesito algunos de los últimos libros de Gabriel D'Annunzio: los necesito, no como bibliómano rico que compra en las estanterías de más lujo, sino como.....

—¡Vos, cantor del oro!.....

—Cántase á veces como dice la doctrina hablando de la fe: creer lo que no vimos.

—No tal, porque ambos podríamos cantar con profunda verdad:

El oro no se me pega
Porque no lo sé guardar,
Y como me juzga ingrato
Como se viene se va.

Pero en marcha; busquemos el *Trionfo della Morte*, del buen Gabriel D'Annunzio, melodioso y blando como balada suspirada por femeninos labios germanos, místico como los sonos arrancados al arpa en los éxtasis de Cecilia la Santa.....

Sucedíanse unas á otras, las tiendas de géneros, colgadas de arriba abajo las muestras; las de prendas de vestir con pellejos en la puerta; con calzones, camisetas, sombreros, botas y trajes completos pendientes de la techumbre en balance perpetuo; las de remates de especies variadas, con abigarrados grupos de compradores, con el martillero en alto, jadeante, ronco de gritar: ¡dos cincuenta! ¡dos cincuenta! ¡dos cincuenta! con los depósitos de velas, jarcias, cadenas, anclas, baldes, bicheros y útiles de mar de toda especie; con las de víveres y fiambres y frutas y las fondas y figones y *restaurantes* y los tenduchos de libros por arrobas, en que alternan Montepin con Espronceda y Gutiérrez el criollo y Dumas y Paul de Kock y se ve por el suelo, en anfiteatro, á Julián Jiménez y Cuervo y Moreira, con las *Trece noches de Juanita*, *La hija del Ahorcado* y *El Judío Errante* y *Flor de un Día* y

La Magia Negra y *Gustavo el Calavera* y el *mare magnum* de librerías de tapas picantes con mozas de muy rolliza y poco oculta encarnadura.

En los malecones, el hormigueo de peones de embarco y desembarco, de buhoneros ambulantes, de negociadores en leña, frutos y artículos de contrabando, de patronos de bote que ofrecen embarcaciones al transeunte, que lo cercan y se lo disputan, desplegando en jerga de idiomas varios, lisonjeras expectativas de paseo ameno. Sobre la cubierta de los buques, la actividad en los que cargan, el reposo del sueño en los que esperan. Aquí un marinero echado de bruces sobre un rollo de jarcia; acullá otro que en maroma pendiente de la obra muerta, raspa el casco de importunos mariscos. Hierve acá, en cocina improvisada, el cocido; se levanta allá, como cortina al viento, la ropa puesta á secar; ronca más lejos la cadena de los pescantes que elevan y bajan bultos, y en todas partes el vapor en calderas de naves, en locomotoras de trenes, en lanchas de remolque, ruge, brama, resopla y silba.

A lo largo de la vereda de los almacenes y tabernas, en los extremos de las puertas se levantan sobre hornillas de hierro los cilindros de cobre donde se tuestan castañas y las sartenes en donde chirrian en hirviente aceite la sardina dorada y el pejerrey sabroso.

—¡Qué incitante espectáculo! ¿verdad?

—No hay por qué resistirlo. Cataremos los pececillos fritos, con pan moreno y sabroso y buenos tragos de Barbera ó Butafoco, legítimos y baratos, y observaremos entretanto, porque estas son fábricas que dan mucho paño en qué cortar.

Pasado el primer término formado por los anaqueles cargados de bebidas y del mostrador cargado de escabeches y fiambres, empieza el salón largo, con mesitas y sillas á un costado y enormes pipas superpuestas con la llave afuera, al otro. Un tabique-biombo forma un pequeño salón de reerva adornado con cromos representando á la familia real de Italia, á Garibaldi, Cavour, Mazzini, al «Dui-lío», al «Dándolo», á Mitre, á Irigoyen, á Roca,

á Alem, etc. Sobre una repisa charla en genovés una cotorra y en los sitios en que la gotera del vino mantiene la humedad, se agupan las borrachas moscas.

—¡Vamos! este pescado no se toma ni en Mercer, ni en el Café de París.

—¿Y qué decís del vino? Legítimo si los hay, como que estamos en la puerta, al alcance de los buques y sin que seguramente, haya pasado entre vistas y aduaneros. Pero fijas en la patrona y su madre que nos miran con cierta extrañeza. No somos del tipo de los parroquianos de costumbre. Bella debe haber sido la anciana. Yo he visto esa cabeza en los cuadros de mercados venecianos. Su hija tiene hermosos ojos, y ese cuerpo abultado por la maternidad, sería magnífico bajo el corsé y la falda aristocráticos.

—¿Sois napolitana acaso?

—No, señor. Soy de Ajaccio, en Córcega.

—Ya, compatriota de Napoleón el Grande.

—Sí, señor; sí, señor.

En una mesa alejada, beben un jarro de dos litros cuatro sujetos que la patrona juzga de la policía secreta, observando, al parecer, á los que en mesa próxima juegan al tute, socialistas de seguro, y, por lo mal encarados, dinamiteros acaso.

—Yo conozco á ese sujeto que parece buscar algo y se sienta frente á nosotros; es traficante en carnes, quizás salidas, pero vivas y frescas. A diferencia de los negreros que llenaban de braceros africanos los ingenios de azúcar, llena éste, así, con su facha de buen hombre, con su alfiler y sus anillos de joyero y su aire de escribano de hipotecas, los harenes destinados al sultán llamado público. La Hungría y la Alemania y la Polonia le dan lo más abundante de su mercancía. Miembro de una asociación que recorre las campiñas buscando aquellas frutas agrestes de dorada cabellera y nacarada tez, para proponerles dejar el haz que llevan al hombro, maltratando sus blancos pies desnudos en los guijarros del camino, por el lujo y la comodidad entre perfumes y sedas, en este oriente para ellas desconocido; las espera en el puerto y las distribuye conforme á su libro de notas llenado por

las grandes sacerdotisas de los modernos templos levantados á la Venus positivista....

Mas se nos vienen las sombras; tenemos á D'Annunzio en tres de sus mejores obras y la trompeta del tramway indica la proximidad de la partida. Corre, corre, corre, deshaciendo lo andado y entrando en la ciudad febril, á la hora en que los elegantes carruajes y los magníficos troncos se deslizan por el pavimento de madera y llenan la calle verdaderamente Florida, bellas damas, apuestos mancebos, graves personajes, melosos sietemesinos y las luces del alumbrado comienzan á brillar como estrellas y á iluminarse los escaparates y á llenarse, en fin, de comensales los hoteles y las fondas.

Tal es la vida que vivimos, lo mismo en Buenos Aires que en Pekin.

BROCHA GORDA.

1851

(Leyenda de los siglos)

Victor Hugo

Yo vi la Muerte y la Vergüenza: unidas.
A la luz del crepúsculo marchaban
En un horrible bosque. Estremecidas
Por el viento, las yerbas oscilaban.

Sobre un muerto caballo iba la Muerte,
Y la Vergüenza, en un corcel podrido.
Pájaros negros por el aire inerte
Cruzaban arrojando su graznido.

Y dijo la Vergüenza:—Soy la Dicha.
Ven. El oro, la púrpura, la seda,
El festín, los palacios, los bufones,
Las arcas entreabiertas donde rueda
El hinno embriagador de los millones;
La triunfal pompa de las regias salas;
El jardín con sus árboles, sus fuentes;
Las mujeres corriendo con sus galas
De belleza y de luz resplandecientes;
La música vibrando sus clarines
De la gloria en el bronce resonante.
Todo te pertenece: goce, arrullo,
Hermosura, poder, cetro y orgullo;
Ven y sigue, partamos al instante.
Y respondí:—Mal huele tu caballo.

La Muerte dijo:—Es el Deber mi nombre.
Y voy hacia el sepulcro; entre el desmayo.
La angustia y el prodigio llevo al hombre.
—Detrás de ti, ¿hay un sitio? te pregunto.

Y vueltos á la sombra en que aparece
Dios, emprendamos el camino al punto.
Mientras la vasta selva se ennegrece.

1894.

LEOPOLDO DÍAZ.

MOSAICOS BIZANTINOS

ZOE

EN aquel tiempo imperaba Nicéforo en Bizancio, y había en la ciudad una cortesana hermosísima, nacida á orillas del Céfiso.

El amor la llevó á la corte de los pomposos Césares bizantinos. Desde su palacio, al pie del cual se extendían las aguas azuladas y tranquilas del mar de Mármara, veía relucir al sol las cúpulas cobrizas y blanquear las columnas de mármol de los templos. Cuando quería deleitar su espíritu en la meditación, subía la escalerilla esculpida, encerrada en el hueco de un pilar de jaspe y pórfito, y en la pequeña terraza, al pie de la estatua enorme de un gladiador, traída de Corinto, hundía su mirada en el horizonte, mientras una brisa suave acariciaba la cascada negra de sus cabellos. A sus pies pasaban las carrozas de los señores, las literas de las damas, los frailes murmurando oraciones ó disputando por cuestiones teológicas, los soldados bárbaros de la guardia imperial, con sus largas cabelleras y sus hachas de dos filos, los elegantes, de aire indolente y perezoso, los cómicos, los luchadores, los bufones, los espías, con ojo vivo y paso rápido, los mercaderes judíos, de aspecto desconfiado y lastimero. La ateniense soñaba, y un velo de nostalgia oscurecía su frente, mientras los recuerdos danzaban en su espíritu una danza fantástica.

Zoe era hija del placer. Cuando llegó á Bizancio trajo consigo un rayo de sol. A él venían para desentumecer sus mentes ateridas y sus corazones helados, los retóricos que buscaban el secreto de un giro de Esquines; los sofistas, parlaúores y vacíos; los soldados, que habían luchado contra Harum-al-Raschid y contra los feroces búlgaros, que cortan la nariz á sus prisioneros; y alguna vez (esto lo sabía toda la ciudad,) recorrían sus jardines ó sus pórticos, graves teólogos que acababan de debatir, en las plazas ó en los templos, la doble naturaleza del Hijo.

En el palacio de Zoe, había un gabinete reservado á los íntimos. Cubría el piso finísima alfombra que representaba un gigantesco pavo real, abriendo la cola multicolor, con aire reposado y digno. Tapices de lino vestían las paredes ó servían de marco á preciosos mosaicos que dibujaban bailarinas, en licenciosas actitudes, juegos del circo y escenas de amor. Lechos lujosos rodeaban una mesa, sobre la cual caían del techo abovedado, pendientes de doradas cadenas, vasos artísticos, en los que ardían perfumes de Arabia. Un crucifijo de marfil abría en el muro sus brazos rígidos.

Decíase que por esta encantada estancia habían pasado generales gloriosos, que iban á dejar sus laureles á los pies de la ateniense, suave y blanca; prelados que discutían en los concilios, y preguntaban después á la cortesana su opinión sobre la última doctrina herética, mientras una blanda música ritmaba sus palabras ó una danza ténue seguía las inflexiones de su voz. Zoe había visto acaso á las Ninfas huir en los bosques helénicos, á las Oreadas escalar las colinas; á los Sátiros atravesar las florestas, y había escuchado la flauta de Pan que conmueve á la Naturaleza; pero la palabra de Jesús penetró en su espíritu, y en esa gran ciudad, donde la sutileza teológica llenaba todas las encrucijadas de la fe, arrojó de su ser la ola de la poesía mítica y la llevó á buscar la gota de sangre que le correspondía en la Redención.

—La griega es idólatra,—decían los fanáticos, mirándola con sus hundidos ojos, perdidos en sus rostros macilentos y huesosos.—La griega es idólatra.

Pero los amigos de Zoe sabían que era cristiana.

El amor mezcló perlas y diamantes en sus obscuro rizos; dióla vestidos de lana de oro para cubrir su hermoso cuerpo; calzó sus pies con borceguíes de púrpura y bordó su cinturón violáceo con rubíes y esmeraldas. Así, semitendida en el lecho, con su sonrisa triunfal y su mirada ardiente, olvidaba en las conversaciones galantes las nostalgias del cielo helénico.

¿Amaba Zoe? Ese río de oro, que corría de-

lante de ella, con rumoroso y chispeante murmullo, la fascinaba. Hundíase en él con delicia y hacia jugar entre sus dedos las cristalinas gotas de los diamantes y las gotas opacas de las perlas. Amaba en sus amantes, su palacio, sus jardines, sus estatuas, sus vasos de oro, sus adornos, su crucifijo de marfil, á cuyos pies rezaba y pedía al dulce Cristo que le revelara si la llama del Tabor era creada ó in-creada.

—Zoe,—le dijo una vez Romano, un joven oficial de la guardia de Nicéforo, en una fiesta en el gabinete de los mosaicos,—Zoe, yo no tengo oro; pero te amo.

Los convidados de la bella ateniense, se incorporaron ligeramente en sus lechos y sonrieron con placidez. Al través de una ténue gasa, veíase en el fondo danzarinas que se movían con pausado y rítmico compás, agitando por encima de sus cabezas largos velos, blancos como sus rostros y como sus cuerpos. La música cantaba armonías aladas y un vago perfume impregnaba la atmósfera. El lejano sollozo de las olas, unía á la orquesta un ritmo imperceptible.

La cortesana tenía los ojos chispeantes y la voz trémula. Encendido color teñía sus mejillas y reía al hablar.

Cuando terminó la fiesta salieron del palacio los convidados, entre una doble hilera de esclavos, inclinados con medrosa humildad. Discutían aún:

—Una sola voluntad en un ser á la vez divino y humano....

—El culto á las imágenes es una idolatría....

Callaban de pronto. Dos ojos encendidos los espiaban. Una lengua mercenaria no tardaría en delatarlos y habría para el suplicio nuevas víctimas; pero detrás de ellos, de los señores, levantaban sus frentes humilladas los eunucos y reanudaban en voz baja sus conversaciones interrumpidas:—El Hijo difiere del Padre en esencia y en voluntad.

En las calles de Bizancio, hormigueaba el pueblo; en las tiendas, en los foros, en los templos, en los palacios, en las termas, en los pórticos de dos pisos que cruzaban la ciudad, en todas partes, veíase circular los ejemplares más

abigarrados de todas las razas y de todos los pueblos de la tierra. Las provincias del imperio enviaban á las riberas del Bósforo tracios y epirotas, sirios y dálmatas, servios y jonios, chipriotas, italianos y esclavones, y se escuchaba bajo la cúpula inmensa de Santa Sofía, como en la góndola dorada que surcaba el canal y en la barca del pescador, que cruzaba como una flecha la bahía, oraciones, símbolos ó explicaciones de un versículo de San Pablo. Entretanto, una áurea corrupción minaba á Bizancio, encerrada detrás de sus murallas almenadas y de sus torres. Los pájaros del árbol de oro de Teófilo, cantarán más tarde una canción de tristeza, y sus leones amarillos rugirán de terror.

—Zoe, yo no tengo oro; pero te amo,—decía Romano á la cortesana.

Estaban solos. Sobre el velo de gasa había caído un tapiz de Persia; los lechos que rodeaban la mesa, tenían aún la ondulación que les imprimiera el cuerpo de los convidados.

—No sabes que yo no puedo amar?

—Puedes ser amada.

—Sí, con perlas y con diamantes.

El joven se acercó á la hermosa hetaira y se apoderó de su mano. Después la habló al oído; caían, caían sus palabras, suaves, blandas, acariciadoras; caían, caían sus palabras y entraban en el corazón de Zoe, porque ellas eran también perlas y diamantes, y ceñían como un collar de reina el corazón de Zoe; y había en esas palabras,—Zoe lo sabía—murmullos de risas de Ninfas y rumores de voces de Oreadas y ecos de la dulce flauta del dios Pan, y había brisas del Atica y mieles del Himeto, porque sobre ellas pasaba un soplo del Infinito Amor.

Cuando calló Romano, Zoe apoyó la cabeza en el hombro del joven y cerró los ojos.

Después dijo suavemente, muy suavemente:

—Sí pero antes..... responde: ¿crees que el Padre procede del Hijo?

RICARDO JAIMES FREYRE.

A RAQUEL BALMACEDA

(En su Album)

QUANDO llegaste á mi tierra
Pensé que en ella cala
Una armonía;
Un torrente de acúles
Dentro de una dísfora de oro.
Un tesoro!.....

Cuando volviste á tu tierra,
Todo se tornó sombrío,
Luna y río;
Y el sol escondió su frente,
Ante desdicha tan grande,
Tras del Andel!.....

PABLO DELLA COSTA.

GABRIEL D'ANNUNZIO

I.—EL POETA

.... egli tenne lontano il volgo
profano dal tempio bellissimo ed
accessibile ai soli iniziati, in cui
s'è compiuto di collocare la sua
meravigliosa poesia.

D. Oliva.

Richard Le Gallienne, escritor inglés al cual causan espanto los jóvenes del *Yellow Book*, ha publicado recientemente un libro (1) que contiene cosas muy varias: juicios desoladores sobre el arte moderno, divagaciones psicológicas, algo sobre Copérnico y sobre el *humour*; otras cosas más, aun, todo con un vago tinte de sentimentalismo de *scholar*—una ensalada rusa.... con salsa inglesa. En ese libro puede leerse la siguiente afirmación:

«Es bastante curioso que en nuestros días, entre aquellos que son llamados artistas decadentes, la influencia del sentido de la Belleza se afirma, no como una influencia «espiritualizadora», sino, al contrario, como una influencia «materializadora» y degradante. Aun cuando—como me atrevo á decirlo de sus formas peores,—el arte decadente no es la exposición de una enfermedad mental y espiritual, aun cuando conserva cierta inocencia y cierta salud, hace lo posible por encerrarse en la pura sensualidad. No se dirige sino al ojo sensual, al oído sensual, y pretende desesperadamente limitar la belleza á la forma y al color, igno-

rando y apreciando las altas sensibilidades del corazón y del espíritu». Estas apreciaciones por todo extremo injustas en quien conoce las tendencias, las ideas fundamentales de los buscadores de ideal que hoy en todo el mundo, y sobre todo en Francia, proclaman el reinado del Arte integral y soberano, debe sorprender á todos aquellos que hayan penetrado en el santuario de las escuelas modernas, estampilladas por el periodismo y por la crítica oficial con el sello de la Decadencia. Sin remontarnos á los soles superiores, á Poe y á Wagner, los grandes castos que han dado vida á las Ligeias y los Parsifales, puede notar el observador penetrante que se apoye en una crítica sin prejuicios, recta y limpia, que la obra de los Nuevos tiene su campo principal en la región de las ideas puras, en el Ensueño y en el Misterio. ¿A quiénes se debe el anhelo renaciente de los vuelos espirituales, el mayor impulso hacia lo desconocido, la tendencia al conocimiento de las causas primeras, el renacimiento del misticismo, la renovación de los antiguos símbolos, la exploración de los inmensos y viejos bosques de la Historia en donde se hallan los ocultos templos de las pasadas religiones?

Los llamados decadentes, es cierto, han consagrado gran parte de sus cuidados á los prestigios de la forma; mas no se han quedado solamente en el mundo marmóreo de la Grecia, tan caro á las escuelas académicas por lo que tiene de limitado, de lineal y de comprensivo. Han buscado por todas partes las manifestaciones profundas del alma universal; han visto en el Oriente un mundo de extrañas iniciaciones; han encontrado en el Norte una vasta región de sueños y de misterios; han reconocido y proclamado la inmanencia y totalidad del Arte; han quitado todas las trabas que pudiesen encontrar las alas de la psique; han aspirado á la consecución de una fórmula definitiva y á la vida inmortal y triunfante de la Obra. Jamás, desde los tiempos en que florecieron las grandes obras místicas, ha tenido el alma un número mayor de sacerdotes y de soldados; jamás ha habido tanta sed de Dios, tanto desco de penetrar en lo incognos-

(1) *The Religion of a Literary Man* by Richard Le Gallienne, Lond. Elkin Mathews and John Lane, ed.)

cible y arcano, como en estos tiempos en que han aparecido, mensajeros de una alta victoria, adoradores de un supremo ideal, los grandes artistas que han sido apellidados Decadentes. A ellos se debe el actual triunfo de la Leyenda, por el cual se iluminan olvidadas visiones de Poesía; á ellos los santos ímpetus hacia la Fe, y las defensas y diques delante de los tanteos peligrosos de la tiranía científica; á Wagner el inmaterial florecimiento del éxtasis artístico y la más honda comprensión de la Misa; á Verlaine el Católico, los más admirables himnos litúrgicos, los mejores cánticos desde Japone de Todi, al más puro y augusto de los símbolos, al adorable Misterio de la Virgen; á Baudelaire, las decoraciones incógnitas del Pecado, iluminadas por el « rayo nuevo » de su lírica visionaria; á Mallarmé, raras sensaciones de la vida inmaterial y asibles velos del ropaje del ensueño.... ¿Quién más que Poë y sus seguidores ha penetrado en la noche de la Muerte? ¿Quién como Leon Bloy ha entrevisto el formidable y apocalíptico enigma de la Prostitución?

Lo que Le Gallienne tacha en la obra decadente, es, sin duda alguna, la aparición ineludible del amor carnal en todas sus manifestaciones. Ante esto puede tornarse la cabeza á San Juan el Vidente, cuando contempla una de sus más portentosas y terribles visiones: « Y me llevó el espíritu al desierto, y vi una mujer sentada sobre una bestia de color de grana, llena de nombres de blasfemias y que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y de grana, y dorada con oro, y adornada con piedras preciosas, y con perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano, lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación. Y en su frente un nombre escrito: MISTERIO: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS FORNICACIONES Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Y vi la mujer embriagada de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús, y cuando la vi, fui maravillado con grande maravilla. Y el ángel me dijo: ¿Por qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la cual tiene

siete cabezas y diez cuernos. » O al Dante, ante quien aparece

..... lonza leggiere e presta ascolto
Che di pel maculato era coperta.
E non mi si partia dinanzi al volto;
Anzi impediva tanto il mio cammino
Ch'io fui per ritornar più volte, volto.

Ese eterno misterio femenino, que con la omnipotencia de sus manifestaciones domina el ser humano, es el que surge de continuo delante de los ojos del artista, y ello es lo que hace afirmar á críticos como el clergymán de que me ocupo, que el arte decadente no tiene pupilas ni orejas sino para los colores y sonidos de la sensualidad. ¿A dónde dirigir la mirada sin encontrar el influjo de las Evas y de las Venus? ¿En dónde no hallará el hombre, hecho de carne y de dolor, los ojos rojos de la serpiente misteriosa? Por ello los grandes artistas, fuertes y delicados á un tiempo mismo, padecen la indestructible obsesión, pues todo grande artista es un solitario en su Tebaida, ó en su cenobio, y á los solitarios tienden las fuerzas invisibles y desconocidas, ya el demonio tentador ó el *daimon* divino. Así Huysmans, así el pobre y gran Verlaine, así Gabriel d'Annunzio.

(Continuara.)

RUBÉN DARÍO.

“AL TROTE”

Ofrecemos á los lectores de la REVISTA DE AMÉRICA una primicia literaria: dos capítulos de una obra que publica en estos momentos en París—casa Garnier—el distinguido escritor venezolano Miguel E. Pardo.

NOTRE DAME—EN LAS TORRES—QUASIMODO
IMPRESIONES

No son los parisienses precisamente los que viven la vida holgazana, la vida de la locura de esta que denominan los deslumbrados Babilonia de la civilización: son los de fuera. Por ejemplo: nosotros los americanos, digo mal, los americanos adinerados vienen generalmente á gastar sus caudales en el Grand Hotel, en los Grandes Boulevards, en la Gran Ópera y en las grandes y lujosas alcobas de las Venus mundanas. Son ellos los que van por allí, por los aristocráticos *faubourgs* dándose pisto de personajes con sus trenes de burgueses; son los parroquianos del Café

Anglais; los que asisten al Olimpia; los que se pasan las horas muertas frente á los escaparates atestados de joyas, sin darse cuenta de ese otro París monumental, el París de los templos famosos, de los museos encantados, de los centros científicos, de las salas literarias, de las bibliotecas soberbias; París-cerebro, si se permite la expresión; el París de las artes, del taller y de la industria....

De aquí que cuando esos caballeros regresan á nuestros pobres pueblos de América con las verdosas huellas del hastío pintadas en el rostro, echando de menos las noches que pusaron en brazos ebúrneos de mujeres blondas y perfumadas, no hablan más que de las *cocottes*, de las prodigalidades, de las sensaciones desconocidas y de las dulces y calladas embriagueces del *boudoir*.

Han estado en París y no lo conocen; sólo dan razón de sus paseos y de aquella fila siempre compacta y torrenciosa que fluye de la Magdalena á la Bastilla. Yo sé de uno que viene anualmente á París y no ha entrado aún en los Inválidos, ni en el Louvre, ni en el Trocadero, porque dice que le basta con verlo de fuera, ni en el Pantheon, porque le horripilan las tumbas.

—¿Y entonces, amigo mío,—le pregunté yo una vez,—á qué viene V. á París?

¡A divertirme!.... — me contestó sencillamente.

Otro, que no es rico, pero que lleva título de doctor, de esos doctores que apellidan lumbreras los críticos trasnochados, me aseguró que no leía á Zola porque era un inmoral (?), ni á Victor Hugo porque le fastidiaba, añadiendo que la iglesia de Santa Teresa valía más que Notre Dame.

Al citar á Notre Dame se olvidan estas pequeñeces para saludar en ella, no sólo la vetusta grandeza de su imponente fachada, que suma yo no sé cuántos siglos de arte y de misterio, sino también á Victor Hugo, que la inmortalizó con el poder de su genio.

Desde que se pone el pie en la plazuela acuden á la memoria los episodios del libro por excelencia, y con los ojos de la imaginación se ve á la Esmeralda y á su monísima

cabrita que rayaba el suelo con las pezuñas, empeñada en trazar el nombre de «Febo».

Franqueando el pórtico, á través de las naves gigantescas, se espera encontrar á cada vuelta la sombra taciturna de Claudio Frollo; y si se levanta la vista hacia la altura incommensurable de la roseta central, se nos antoja aquel juego de luz medrosa que entra por los cristales, el rostro dislocante de Quasimodo realizando la indescriptible, atroz y horripilante mueca que le valió, en un día de locura, el cetro carnavalesco ofrecido á la Fealdad.

De aquellos recuerdos penosos se pasa á la admiración artística.... Es un momento de emoción que no se olvida porque el prodigio arquitectural es mayor de cuanto se ha soñado. Pilares gigantescos de alturas abrumadoras, encajes maravillosos de piedra, bordados de mármol arabescos microscópicos, todo en concierto magistral, todo uniforme, todo regio.... El arte al nivel de Dios, porque Nuestra Señora no es simplemente un templo: es un milagro de piedra que pasma.

Aquellas dos moles chatas que le sirven de torres; aquel pórtico colosal con sus nichos esculpidos á cincel, con sus esculturas representando reyes y santos que parecen llevar sobre sus hombros el peso de todo el monumento, como para presentarlo heroicamente á los ojos admirados del Universo; aquellas bóvedas soberbias de artesonados grises; aquella serie de columnitas de mármol sosteniendo arcos portentosos y capillas enteras de arte gótico; aquel prodigio, en fin, que es obra increíble, obra titánica de anónimos, porque aun se ignora el nombre de los autores, no es de fijo únicamente para elevar preces á Dios: es para rendir homenaje de admiración á los hombres que la concibieron....

A lo menos yo me di cuenta del lugar donde me hallaba poseído de veneración pagana, cuando las sublimes convulsiones de un órgano, rompiendo en armonías religiosas, me sacaron de la completa abstracción.

Entonces volví los ojos por la inmensa nave; una tenue luz de tarde triste penetró por las anchas claraboyas, y varios grupos de fieles andando de puntillas, para no interrumpir

pir la solemne ceremonia, se arrodillaron contritos y respetuosos allá en el fondo sombrío de la iglesia....

Esta inolvidable visita tuve el gusto de hacerla en compañía de nuestro ilustrado compatriota el Dr. Núñez de Cáceres, que me recordó la ascensión á las torres.

Trepada al fin aquella húmeda y vertiginosa escalera de cuatrocientos tramos, Núñez, que siempre lleva debajo de la levita algún libro escondido, con un poco de sorpresa mía, sacó el abultado poema de Hugo y refrescó mi memoria con la admirable descripción de aquellas alturas, de las cuales también hizo himno Bolet Peraza cuando recordaba que el horrendo campanero iba allí á vengarse del odio de los humanos para salir, después del estrépito, ebrio de amor y loco de felicidad.

Y de allí se baja también ebrio: ebrio de luz, de inspiración, de orgullo; se regresa altivo como héroe que llevara á cabo gran jornada, porque subiendo á esas torres se ha realizado uno de los muchos sueños hermosos de la vida.

Desde afuera, ya en la calle, se vuelve la cabeza para gozar interiormente de aquella satisfacción que anheló tanto tiempo el espíritu; y más lejos, del otro lado del canal, que es de donde Notre Dame resulta verdaderamente soberbia de grandeza, la fantasía, inquieta de continuo, está pronta á ver al informe giboso trepando como un gato por los muros para seguir arrancando á sus campanas aquellos atronadores sonidos que eran el consuelo de sus grandes desesperaciones de condenado y de poeta.

CURIOSIDADES LITERARIAS: Zola—Verlaine—Daudet—Bourget—Leconte de Lisle—Richepin—Goncourt—Dumas—Rocheport—Scholl—Anatole France y Catulle Mendes.

Entre los datos que he podido recoger en conversaciones familiares sobre los literatos franceses, hay algunos muy curiosos. Más que datos, estas pesquisas sobre la vida de

los grandes autores, son verdaderos atentados contra el ideal, porque ese vago ó misterioso conocimiento que se tiene de las cosas, es precisamente lo que á uno le permite gozar de ellas con toda libertad. Y las verdades á este propósito traen muchas veces al espíritu algo de tristeza, cuando no de remordimientos; por esto, parte de esa hermosa literatura francesa, que es como nombrar la literatura del mundo, acaba de recibir allí en mi fantasía una brutal agresión de realidad.

De Emilio Zola, por ejemplo, que es el literato más llevado y traído por el reporterismo, dicen que tiene un carácter atroz, el cual se apacigua más con ciertas debilidades infantiles: el león se convierte en niño al amor de la lumbre, entre los juguetes de sus hijos. Otra de las debilidades de Zola, que ya conoce todo el mundo, es la Academia; por franquear las puertas del «Arcopago» sería capaz de dar al traste con todas sus glorias.

Zola no tiene la cara de buey, como irrespétuosamente escribía uno de esos biógrafos espontáneos que tienen la originalidad, por cierto bien triste, de comparar la cara de un hombre con la del primer animal que se les ocurre. Zola, según me dijo Bonafoux, es un hombre excesivamente simpático, nervioso y parlanchín, que á ratos palidece como si escondiera un gran pesar; que su mirada es un milagro de tristeza; que él no ha visto ojos que miren á veces con más dolor, que los ojos de Emilio Zola.

Su trabajo es de horas fijas; pero ese trabajo, cuyos admirables resultados se encuentran en cada libro, en cada capítulo, en cada página de los Rougon Macquart, depende, por lo general, del alimento del maestro. Parece cosa de risa; pero cuentan que ese gran Zola, todo mal humor y todo genio, se vuelve retozón y familiar cuando está frente á un manjar que se le antoja apetitoso.

El con más razón ó con más derecho que los otros, puede contestar, cuando le preguntan que cómo comprende á Chateaubriand, aquella ingeniosísima y lacónica frase de Duval: «¡Con patatas!»

Lo que es verdaderamente asombroso en

Zola es su constancia, su augusta tranquilidad para toda empresa literaria.

Antes de escribir *Germinial* bajó á escudriñar como un minero las entrañas de la tierra. En *L'Assommoir* aquella famosa visita hecha por la familia de Gervasio al Louvre, es producto de muchos días de paciente observación. De *El Vientre de París* no me admira tanto aquel drama de impudencias desarrollado entre un flamante océano de coles, como las descripciones del mercado, con sus montañas de zanahorias y sus robustas mujeres con las bocas siempre hinchadas de risas ó repletas de indecencias. Después que se visitan los mercados de París, se comprende esta encarnizada y enorme novela de Zola.

Igual sucede con *Nana*: de la primera á la última página es una prodigiosa copia del natural. Ha trasladado al papel, como un pintor al lienzo, todo el interior de «Variedades», sin olvidar los más escondidos rincones; vivió de fijo muchas noches entre la fealdad amarillenta de los cómicos, para obtener tan admirables resultados; es más: todo el que haya leído *Nana*, si pasa una noche por la rue du Faubourg Montmartre, encontrará todavía las filas de mujeres rozando las tiendas con las enaguas recogidas, mostrando mucha prisa hasta llegar al boulevard. Su campo de operaciones, donde extienden la cola del vestido para atravesar la zona de luz del café Riche, balanceando el cuerpo, riendo alto y disparando miradas incendiarias á los hombres que se vuelven. Entonces es que asombra el artista estupendo; y sus sorprendentes audacias no repugnan, deslumbran porque no hay fraseología más hermosa, ni énfasis supremo, ni pompas de lenguaje más brillante, ni más ricas que las desplegadas por Zola en una descripción ó en una monumental tarea de observaciones minuciosas.

Zola es, hoy por hoy, el Roschildt de la literatura francesa: sus libros le producen caudales; pero también hay que convenir en que es el Caudillo.

Verlaine, el exquisito poeta de las Fiestas Galantes, es un desequilibrado (y ¿para qué

andar con misterios?) Verlaine es el poeta corifeo de ese erotismo, de ese espantoso erotismo que el humano lenguaje no encuentra epítetos con qué calificar: Verlaine es un desgraciado.

La figura estafalaria de este hombre, asustado: calvo, de labios lacios, mirar abotagado, viejo y pálido. Lo protege el conde de Montesquieu y tiene temporadas de formalidad; pero á lo mejor se le encuentra delante de la mesa de una «Brasserie» con un traje gris, como de deshecho, y se le confunde con un mendigo.

Cuando riñe con el conde se va al hospital ó bebe todo el día hasta embrutecerse, para salir luego arrastrando las piernas por las calles y blasfemando del mundo.

Apena, en verdad, saber estas cosas de un poeta maravilloso como Paul Verlaine, cuya fama la revistió uno de nimbos bajo la forma de un sueño esplendoroso.

Daudet, el pobre Alfonso Daudet, postrado por una enfermedad prolongadamente cruel, no hace cosa de provecho: recoge páginas viejas, las publica como nuevas y apenas resplandece su genio en creaciones frívolas; en su lira no hay más que una cuerda: la de la melancolía; se acabaron en su novela los tipos eminentemente jocosos, como Tartarin, los personajes inmutables, como el que presenta en *L'Immortel* los perfiles gloriosos como el de la reina de Hircania; las figuras tiernas, ó de apasionados ímpetus, como Safo....

Daudet se mata con morfina como el infeliz Maupassant con el trabajo y el *absinthe*. Ahora se lo representa uno con su gran melena y su barba descuidada, desmadejada por la fatiga y aburrido de la existencia, como á esos escultores sin modelos que en *Mujeres de Artistas* pintaba él de mano maestra, en actitudes perezosas, lanzando en medio de un bostezo y una queja, bolitas de papel á los yesos de las paredes.

El hombre del día en París, es Paul Bourget; como Zola para la novela realista, es Bourget para la psicológica el apóstol. A pesar de su estilo sobrio, seco y cuasi fatigoso del

Discípulo; á pesar de que en la fisiología del amor moderno, á través de Claude Larcher, se le ve medio arrodillado, suplicante, lloroso á los pies de una bailarina estúpida.

Paul Bourget seduce en todas sus obras; es el escritor laboriosamente pulido y castigado de *Cosmópolis*; aquí ha trabajado el nuevo académico con exageración, como Flaubert en *Madame Bovary*; pero antes que escritor Bourget, según mis noticias, es dandy: ¡Un hombre rubio que se hace la *toilette* como una mujer! que gasta perfumes delicados, brillantina para los bigotes, polvos para la barba... y se hace traer los pantalones de Londres.

Leconte de Lisle, el poeta olímpico, se ha despachado de la lira como un conquistador de su espada, después de haberse hecho descalzar las espuelas por los hijos de Apolo. Goza de una triste fama de orgulloso porque se retira, porque no anda en líos con el pandillaje; pero el recogimiento de Lisle tiene algo de solemnidad. (1)

Juan Richepin, el cantor demagogo, que en las *Blasphemes* dió tan formidable, rudé impetuoso ataque á todas las creencias hermosas, publica en *Mes Paradis* trozos de poemas á todos los afectos.

En un museo de «japonería» ha convertido su casa Edmundo Goncourt; es un literato que se ha escapado de la multitud para vociferar desde las páginas de su diario lo que otros murmuran cobardemente en las reuniones del café.

En medio de sus fortificaciones de lozas, viñetas y medallones, tiene un culto hermoso: Julio, su hermano muerto. El grito de dolor que lanza desde su salón de quincallería histórica, le recoge Alfonso Daudet, que es su amigo íntimo.

El que vive, como si dijéramos, nadando en oro, es Alejandro Dumas.

Rocheffort hace vibrar á diario todos los nervios de alambre del teléfono, transmitiendo desde Londres esos editoriales de *L'Intran-*

sigeant, que sueñan en París como descargas de fusilería.

Aurelien Scholl es el mejor cronista francés: empezó ganando miserias, y hoy, en toda la plenitud de su prestigio, cobra centenares de francos por artículo.

Anatole France, el heredero de Renan, el autor de *Thaïs*; el poeta de esa cortesana que se mete á santa, riñe con la criada y le paga á sus amigos.

Catulle Mendes, el interesante cuentista, el de la *Première Maitresse*, tiene entre sus muchas glorias las siguientes: haber sido el más constante en las tertulias de Victor Hugo y haberse casado con una hija de Teófilo Gautier, divorciándose luego, para unirse maritalmente con una actriz muy hermosa.

La mujer legítima es una mujer de mucho talento: una artista, en toda la acepción de la palabra; y la querida goza, aparte de su justificada fama de buena hembra, de mucho ingenio.

Por eso Catulle Mendes, que se paga de hombre de *sprit*, cuando escribe algo delicado y primoroso, dice que se lo inspira la musa de su mujer; y si le resulta lleno de voluptuosidades, asegura que le sopló la musa de la querida.

MIGUEL E. PARDO.

LOS TEATROS

El poeta cubano M. S. Pichardo. Director del *Figaro*, de la Habana, ha tenido la galantería de enviarnos la siguiente opinión de Roncoroni—hoy dedicado por completo á la escena española—sobre un género en que tanto hemos admirado á Novelli y á Coquelin:

EL MONÓLOGO

SOBRE esta forma de manifestación literaria en el teatro, muy poco se ha dicho y mucho menos se ha escrito, y, sin embargo, creo que el argumento es de tanta transcendencia, tanto para el público como para los artistas, que merece la pena que de él nos ocupemos seriamente: todos los que queremos el arte representativo, y deplorando su decadencia, buscamos con la ansiedad del naufrago que se agarra á la tabla de salvación, los motivos de tal decadencia y los medios de contrarrestarla.

Digan lo que quieran, los aristarcos del teatro antiguo, los que no ven y no sueñan más que con las tragedias y los valientes intérpretes de entonces, y desdénan el teatro moderno y la moderna recitación, la literatura dramática y sus manifestaciones en el teatro han progresado en este último medio siglo de una manera satisfactoria, y si no, que lo diga el público, que desaprueba hoy obras que representadas hace quince ó veinte años, habrían entusiasmado y coronado de laureos á sus autores; que lo digan los actores que tienen que poner su cerebro en tortura para conseguir con el *artificio* la reproducción exacta de la verdad, y para abrirse el camino á la reputación, cuando hace solamente veinte años bastaba con saber *declamar* bien unas cuantas redondili-

MARMOL GRIEGO

ERILLA en su rostro de Hebe
la juventud eterna de las diosas,
y matiza su carne como nieve
la sangre de las venas de las rosas.

Ajenos á la queja,
en sus labios de adelfas en capullo
la voz mundana solamente deja
ternuras semejantes al arrullo.

Su imagen que fulgura
no inspira al alma tentador empuño,
pues recorre su ríndida hermosura
la placidez radiosa del ensueño.

En sus dulces pupilas,
asilo de las sombras encantadas,
reposan inocentes y tranquilas,
como negras palomas, las miradas.

Es negra su corona,
y en relucientes ondas el cabello
con oscuros anillos aprisiona,
como serpientes de ébano, su cuello.

Su aliento adormecido
hincha su seno en curvaturas suaves
como esponjan, ocultas en el nido,
el dorso blando voluptuosas aves.

El beso que convida
con ardiente placer al alma loca
en ignorada languidez anida,
como inerte crisálida, en su boca.

Bajo puro destello
su noble encanto de mujer encierra
la fría pesadumbre de lo bello
que no fecunda el soplo de la tierra.

Mas tiene delicada
el ímpetu de fuerza contenida,
que al conjuro tenaz de la mirada
hace en el mármol palpitar la vida.

Es para el alma ansiosa
al amor azezada y al desvelo,
hermosura que sueña y que reposa
con los sagrados éxtasis del cielo.

Así por modos raros
llevar parece entre sencillas galas
sobre su torso helénico de Puros
el estímulo incierto de las alas.

llas para arrancar los aplausos más entusiastas del público más inteligente. He dicho *declamar*, y lo he dicho á propósito, porque la diferencia grande entre la antigua escuela y la moderna, está precisamente en esto: entonces se *declamaba* y hoy se *dice*. Desgraciadamente como es mucho más fácil sacar efectos en el teatro, *declamando*, la mayoría de los actores y especialmente los que cuentan ya muchos años de servicio activo en el templo de Talia, no se adaptan al modernismo de la dicción llana y sencilla y siguen por el antiguo derrotero... preparando y empujando así cada día más el pobre arte dramático al abismo de la indiferencia, por no decir del desprecio público. Pero de este y los otros motivos que contribuyen á hacer raquítica la vida del teatro dramático, á pesar de su innegable progreso científico y literario, hablaré en otro estudio que me propongo hacer. Vuelvo al monólogo, que es una de las formas más modernas del arte representativo. Coquelin, que sin duda es el más grande, si no el único verdaderamente grande *monologuista* que tiene Francia, lo defiende con brío en su obra *L'art de dire le monologue*, y dice simplemente esto: «El monólogo responde á una necesidad de nuestra época.» En efecto, en toda *soirée*, fiesta íntima, conferencia, tertulia, en todas partes, en fin, donde un grupo de personas se reúnen para divertirse con las expansiones del espíritu, se recita algo, sea en verso, sea en prosa. Este género de expansión, es la necesidad de que habla Coquelin, porque si queremos que la vida sea algo más elevada que la satisfacción de los apetitos vulgares de la materia, debemos darle un atractivo, y este atractivo la poesía lo coloca en todas partes, en la felicidad como en el dolor. Por eso debemos quererla y popularizarla. El monólogo es el gran medio, el más apto para conseguir tan elevado objeto. No todas las composiciones literarias son propias para la recitación pública; tenemos la poesía íntima como la música de cámara, y ciertas composiciones exigen la soledad y la meditación del lector; pero, en cambio, ¡cuántas hay que se prestan á la recitación! No importa que la composición sea en verso ó en prosa, que sea dramática ó cómica: lo importante es que sea interesante. La acción, el movimiento, el hecho que conmueve ó que interesa: he aquí las leyes imperiosas de todo monólogo. El menor de los Coquelin, que se ha dedicado con éxito extraordinario al monólogo cómico, dice: «Para hacer un monólogo, basta tomar una idea ridícula ó basada en la observación.» Coquelin acierta en su declaración, porque nada interesa y divierte tanto como la copia exacta de un tipo original, de un defecto, de una manía, de una aventura cómica.

Como intermedio en un espectáculo, como variante en un concierto, como adorno en toda tertulia de personas cultas, el monólogo tiene el mismo puesto que ocupan las flores en el mundo. Están bien en todas partes, y como las flores, el monólogo tiene su perfume, el perfume de la elegancia, de la finura y de la forma. Pero no solamente como diversión sirve el monólogo. Su misión en el arte representativo es mucho más importante, mucho más elevada, y por eso merece que se le dé lugar preferente en las varias formas de la literatura dramática; que los escritores lo cultiven con el cariño y los cuidados que merece el árbol que debe dar frutos abundantes y sabrosos, que los actores, y especialmente los jóvenes, se dediquen á él con la constancia y la fe con que el estudioso se dedica á los libros de los grandes maestros, que son la fuente del saber humano.

En Francia así se ha comprendido, y no hay escritor dramático que no consagre parte de su talento al monólogo. Coppée, Richepin, Augier, Dumas hijo, Eugène Manuel, Paul Delaire, etc., en el género dramático, y Jacques Normand, Charles Cros, Georges Lorin, Hennequin, Labiche, Valabréque, Gill, Morand, Grenet-Dancourt, Moynet, Bisson y otros en el género cómico, han dado al teatro francés un repertorio espléndido de monólogos, que han contribuido á crear la fama de más de un artista. En Italia también se han ocupado los escritores de perfeccionar esta forma modernísima de arte, y Ferrari, Cossa, Praga, Cavallotti, Bersazio, Traversa, etc., han derrochado fulgores de genio, en pequeñas obras maestras, cuya representación no dura más de ocho ó diez minutos, y dejan en el ánimo del espectador más profundas sensaciones que todo un drama de cinco ó más actos.

Coquelin y Novelli, los dos grandes cómicos de la época, quieren adornar el monólogo, y no hay representación en que tomen parte en que no reciten alguno. Su temor de exagerar, me atrevo á decir que la fama de Coquelin no habría llegado á tan envidiable altura sin los monólogos que el interpreta y dice de una manera insuperable. Su hermano menor, es un regular cómico y nada más, y sin embargo, en los monólogos cómicos, creación de Charles Cros, es inimitable, y ha conseguido crearse una reputación digna del glorioso nombre que lleva.

LUIS RONCORONI.

Habana, Junio de 1894.

(1) Imprimiéndose este libro fué cuando supo el autor la muerte del poeta.

*Pero aun así perdida
deja en las almas que sujeta el suelo
como una vaga sensación de vida
con ternuras y ráfagas de anhelo.*

Justo A. Falcio.

LIBROS Y PERIODICOS

LA DIVINA COMEDIA

Versión del general Mitre. (Un volumen, 4.º menor; 800 páginas—Editor: J. Peuser.)

La aparición de *La Divina Comedia*, traducida en verso castellano por el teniente general Bartolomé Mitre, es uno de los mayores acontecimientos del año actual en el mundo literario americano.

Obra de vasta y paciente labor, de dedicación singular y de amor profundo al gigantesco poema que ha atravesado los siglos, engrandeciéndose con su transcurso, la traducción que hoy nos ofrece el ilustre hombre de Estado y literato insignia, llamará ciertamente la atención de todos los que siguen el febril movimiento intelectual de estos tiempos.

Nótese en el traductor un respeto profundísimo a la obra original: un cuidado prolijo y minucioso que lo lleva a buscar la idea, el giro y aun la palabra exacta para la versión, sacrificando en ocasiones la suavidad armónica y la belleza plástica del verso a la fidelidad en la emisión del concepto. No se ha detenido para ello en el empleo de voces arcaicas, inusitadas o desahucias; pero ha logrado, de tal manera, dar el pensamiento dantesco, simbólico y profundo, envuelto en grave y clásica vestidura. Nadie ignora las inmensas dificultades que ofrece a la traducción, más que otro alguno, el maravilloso y discutido poema de Alighieri; y las tinieblas que sobre él se ciernen aún, a despecho de comentaristas y eruditos, no son, por cierto, el menor de los obstáculos. Admirable seriedad de espíritu ha menester quien así penetra en esa selva aspra e forte y sigue en su gran viaje al Soñador medioeval, para darnos después, en nuestra lengua, su cadencia de desventuras y de proféticas maldiciones, coronada por

la gloria di Colui che tutto muove!

R. J. F.

EL IDIOMA DEL DELITO

EL "DICCIONARIO LUNFARDO ESPAÑOL" DE DELLEPIANE

Desde que *La Nación* publicó en sus columnas los artículos que constituyen el prólogo del recién aparecido *Diccionario lunfardo-español*, del señor Dellepiane, la impresión general fué muy favorable para el autor. En ello ha habido completa justicia. No sino aplausos merece el laborioso, estudioso e inteligente cat-drático de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales que hoy ofrece una buena aunque ligera contribución para el estudio de la psicología criminal. Es su libro — libro de base científica — interesante y hasta ameno; está escrito su introducción en un estilo claro y elegante y contiene muy curiosas noticias.

En estos últimos años, en que la ciencia penal ha tomado tanto vuelo, la *jerga* de los delincuentes ha sido estudiada con bastante detenimiento y cuidado por algunos especialistas.

Distinto para cada país dice el Sr. Dellepiane, y a veces para cada ciudad dentro de un mismo país, recibiendo en Francia el nombre de *argot*, el de *gergo* en Italia, en España el de *brüha*, *germanía*, *hampa* o *caló* y el de *lunfardo* en la República Argentina, este lenguaje ha sido objeto, en los últimos tiempos, de análisis prolijos.

¿Cuál es el origen de las «lenguas del delito» en Europa?

Al decir del R. P. M. Fr. Martín Sarmiento sería el errante robo de los gitanos. «Además de estos idiomas — escribe el citado religioso — hay otro inventado en España que llaman *jerga*, *germanía* o *jerigonza*, y es el que hablan los gitanos, o egipcianos, que en Ita-

lia llaman zingaros y en otras partes bohemios. Estos son unos hombres errantes y ladrones que hablan aquel lenguaje, ó fingido ó corrupto, del que primero hablaban los de este gremio; y por haber venido de Alemania, ó Germania, llamaron acá en España a su lenguaje *germanía*. Como están tolerados en España estos gitanos y ya se meten a aquella vida muchos castellanos forajidos, se comunicó insensiblemente al idioma castellano mucha parte de sus voces bárbaras (1).» Y Quevedo: «Tiene nuestra lengua española muy varias especies, que *dialectos* llaman los griegos y algunas no poco ridículas y bárbaras, y entre las que lo son, no sé si se podrá reputar por primera la que vulgarmente llaman *jerigonza*, que, siendo este apellido por sí tan genérico que contiene la habla de los gitanos y otras que los muchachos fingen ó inventan, denota también aquellas que los rufianes han compuesto para entenderse entre sí sin que los otros los entiendan. *Xargon* la dicen los franceses, y curiosos y atentos más a nosotros que nosotros mismos, nos dan de ese lenguaje copiosos diccionarios. *Germania* la llaman también sus profesores, teniendo uno y otro nombre bárbaro origen, como era fuerza, que no de otra suerte lo fuesen sus inventores, aunque á mí me agradan poco los que les fingen nuestros eruditos (2).»

El idioma del delito presenta claramente muchas afinidades de origen en los países latinos, como puede notarse hasta por los mismos nombres de los distintos dialectos: *jerga*, *jargon*, *argot*, *gergo*, tienen una misma base fonética.

Muy aceptable paréceme la opinión del P. Sarmiento sobre que *germanía* venga de Germania por haber llegado de esta región a España los vagabundos importadores de la *jerigonza*. Advuértase que esta llámase en Alemania *rolhweich*, que quiere decir: extranjero y mendigo.

Jules de Marthold, en su admirable monografía sobre el *jargon* de Villon, estudia el origen de la palabra, notando que cada sabio, *distillateur de lettres*, la ha extraído de una raíz distinta. Menage, de la palabra *harbarophonon*, empleada por Homero en el verso 807 del Canto II de la *Ilíada*, y de *barbaricus*, usada por Salustio en el sentido de extranjero, y por Plauto, Tácito, Virgilio, Lucrecio, Columela y Claudiano para expresar toda cosa salvaje é inculta; Furetier — refutado por Granval en su *Cartouche* — de *argos*; Duchat, — en sus notas sobre Rabelais, — de Ragot, pillo célebre del tiempo de Luis XII; Clavier, del *ergo* escolar; y muchos de *gracum*. «¿Por qué no? ¿No viene caballo de equus?» (3).

Rabelais usa el vocablo *farponnoys*; Molière, el P. Bonhours, Condillac, emplean *jargon* para caracterizar lo incomprensible, lo rebuscado y lo pretencioso (4).

En Inglaterra se le llama *el argot*, *slang*, en Holanda *divantail*, en Asia *halaibalan*, en la República Argentina *lunfardo*. En España el nombre indica el paso del gitano; en Alemania da la idea de mendicidad y extranjerismo. *Lunfardo*, en la *jerga* argentina, significa ladrón.

¿Por qué surgen las *gergas* criminales en distintos países a la vez? «Porque en todas partes la ley de la causalidad tiene iguales efectos». En tiempos de Cicerón los plebeyos no usaban el mismo lenguaje que los patricios. El orador ilustre Varrón cita ejemplos del dialecto popular. El contrario de Catilina no hablaba lo mismo que cualquier pescador de Ostia ó jugador de los arrabales. No sería de esta opinión Flavio Blondo; mas otras autoridades hay que la sustentan.

El *jargon* de la época de Villon se formó entre los ladrones, pillos y rufianes, como el de los *jaques* y sujetos de la *hampa* en la España de Quevedo y los distintos *argots* que hoy se hablan en el mundo criminal. Gente que forman una banda, una agrupación, que obran con fines secretos, tienen que usar, por lo mismo, secreto lenguaje. En los delincuentes el secreto se impone por estar siempre temerosos de la justicia; así lo primero que buscarán para comunicarse será aquellas palabras que designen a sus natos enemigos y perseguidores, y luego el vocabulario se irá enriqueciendo con nuevas palabras que se necesitan.

Dice el Sr. Dellepiane que es inexacto que el delincuente haga uso del *argot* en presencia de la persona á quien va á hacer víctima de una burlonada ó de los empleados de la policía. En primer lugar, cualquiera que haya estudiado de vista los centros peligrosos de las grandes ciudades y que se haya arriesgado á penetrar en los lugares que frecuenta la gente que habla *caló*,

(1) Obras póstumas del R. P. M. Fr. Martín Sarmiento, benedictino. — Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles, dadas á luz por el Monasterio de San Martín de Madrid, MDCLXXV.

(2) Quevedo: *El Parnaso Español*.

(3) Marthold: Prefacio de *Les Six ballades du jargon* et *Les cinq du manuscrit de Stockholm*, de Maître François Villon.

(4) Ibid.

sabe que ésta emplea casi siempre su *jerga*, de la cual ha hecho su idioma habitual, y sobre todo, cuando tratan de ponerse de acuerdo dos ó más pillos para embaucar ó desbarbajar al *primo*, como dicen en España, que se les presenta. Esto, lo mismo en el *Quartier Maubert*, de París, que en White Chapel, en los barrios bajos de Madrid y en el Bowery ó Thompson Street, de Nueva York. Y no digo delante de un agente de policía, sino delante de los mismos jefes superiores y jueces hablan los pillos en su *jerigonza*, lo cual puede comprobarse en cualquiera de las obras de Mace, por ejemplo. Un francés, amigo mío, me agrega: «*Il y a des criminels qui parlent leur argot jusqu'à son la lunette de Daubler*.» Si los criminales emplean el *argot* en sus canciones es cabalmente porque ellas son compuestas para que circulen en los presidios y en su mundo especial.

Lombroso ha comparado el *argot* con los idiomas de las tribus salvajes, y Letourneau ha hecho igual cosa con la poesía de los decadentes. ¿Por qué? Por el uso de lo que llama el autor italiano automatismos y onomatopoyismos, y por el gusto por la metáfora. Siguiendo esta opinión, encontraríamos que todas las literaturas presentan muestras de decadentismo y afinidades con las *jerigonzas* criminales, pues la onomatopoyía, las aliteraciones y la afición a la imagen se encuentran en donde quiera que haya tenido cultivo el arte de la palabra. En cuanto al empleo de la metáfora para designar los objetos, lo comparten los delincuentes con otras asociaciones secretas como la de los francmasones.

Estamos, pues, muy de acuerdo con el Sr. Dellepiane cuando opina que el parecido entre el *argot* criminal y los idiomas salvajes es más aparente que real, y que en el fondo existen caracteres diferenciales importantísimos entre unos y otros.

Lo que, sin duda alguna, es de una verdad incontestable es que el *argot* de los criminales es un *tecnicismo profesional*, y las observaciones que á este respecto hace el Sr. Dellepiane son de un observador sagaz y penetrante.

Los francmasones, que forman un verdadero ejército, tienen un vocabulario de militares, según puede verse por los nombres que dan á los objetos, sobre todo, los que emplean en las *tenidas* de mesa. Los marinos usan términos propios de su labor y vida. Los criminales de profesión tienen en su lenguaje términos cuyo significado metafórico se relaciona con el «ejercicio de la profesión del delito».

Hay que saber que en el *argot* francés, para el caso, no todas las expresiones son groseras y bestiales, según la palabra de Tarde. Hay entre los criminales varios *argots*, por decir así; tienen ellos su lengua alta y su lengua baja. Oigamos lo que dice uno de ellos, el célebre en los anales de la policía parisiense Bernardo Pastilla: «Al lado de expresiones groseras y canallas hay otras que son precisas, de *bonne compagnie*, empleadas por los *grecs*, estafadores, falsarios, cloroformistas, ladrones del gran mundo, todos gentes finas, flexibles, inasibles, porque están siempre en caminos y no practican ni el robo brutal ni el vulgar robo con fractura y cuya marcha ascendente se persigue multiplicando sus medios de acción.»

Esos altos pillos, tan criminales como los de baja estofa y mala fama, no piensan ni se expresan con la manera bárbara de sus colegas inferiores, y, por tanto, ¿no obra en ellos acaso la herencia regresiva que conduce á la primitiva barbarie? Encontramos una cita de Jolly: «Los seres que designa el *argot* parecen casi no tener alma. El alma misma se llama *la falsa* y la conciencia *la muda*.» Sin embargo, nótese en los siguientes ejemplos algo que revela en la *jerga* criminal el conocimiento y comprensión de ciertas verdades metafísicas. En el *argot* francés Dios es *el Terrible* y *el Temible*; la frente es *la inspirada*; la lengua *la mentirosa*. El alma se expresa por esta palabra: *affe*.

El Sr. Dellepiane estudia las bases principales de las lenguas criminales: homofonías y asonancias, onomatopoyismo, reduplicación, barbarismos, neologismos, arcaísmos y alteración fonética del idioma común. Y observa más adelante, con gran tino, que el carácter eminentemente cosmopolita y los hábitos poco patrióticos de la población criminal, obligada á cambiar de sitio continuamente por las persecuciones policíacas y también por el espíritu de aventura que la domina, ha dado lugar á la introducción en los diferentes *argots* de una multitud de barbarismos y neologismos. Ya hemos visto cómo en España fueron los introductores de la *germanía* los gitanos. En tiempo de Villon los ingleses incorporaron, por la frecuente comunicación con Francia, muchas palabras al *jargon*. La misma lengua nacional estaba por aquellos tiempos «*bouleversée, distordue, déformée par l'importation, importation d'anglais, corrompue, vocables de toute provenances, anglaise, italienne, allemande, espagnole, flamande, maniere de patois composés vraiment babilés*».

Los criminales de todos los países tienen una especie de santo y seña con lo cual se conocen y relacionan. Es

una especie de *volapük* el que ellos usan, y acaso tienen *baterías* y signos como algunas sociedades secretas, á juzgar por la respuesta de un criminal conocido á una autoridad: «El lenguaje semafórico, dijo, universalmente adoptado por las naciones, permite á los marinos de todos los países entenderse entre sí; los ladrones cosmopolitas tienen también señales de reconocimiento con objeto de ponerse en relación con sus cómplices, agentes y conductores.»

En todas partes las *jerigonzas* de los delincuentes contienen palabras extranjeras. En Inglaterra abundan los vocablos hebreos y alemanes, y hay no pocos de otras naciones. Ejemplo: mujer, es *dona*, del italiano; niño, *kinchen*, del alemán *kind*; ladrón *ganoph*, del hebreo *ganeph*; engaño, *shlenter*, también del hebreo, ó, como dirían los que parlan el *tierves-latin*, del *sheeny*. Entre las palabras del *argot* de Francia hay muchas de origen español, como: *agoua*, agua; *mirante*, espejo; *mundigo*, en su propio significado; *frio*, frío. La vecindad, la facilidad de comunicaciones, hacen que los criminales franceses ganen la frontera de España y viceversa. Así se explica el por qué hay tanta relación entre la *lengua verde* francesa y la *brüha* ó *caló* español. El *lunfardo*, á su vez, tiene, en su relativamente corto vocabulario, muchas voces extranjeras, siendo como es Buenos Aires — quizá más que Nueva York — la ciudad cosmopolita por excelencia. El Sr. Dellepiane cita como importados de España: *guita*, *parné*, *januar*, *la drillo*, *lima*, *najar*, *pisante*, *tiimba* conviene á saber: dinero, comer, ladrón, camisa, huir, ple y casa de juego. Hay que agregar el *de butón*, de donde debe derivarse el *de ribute*, en su significación de notable, admirable; y *servicio lila*, que no es sino el tío lila de España. Palabras francesas, ó de origen francés, las hay, aunque no tanto como italianas.

Los *argots* se modifican con el tiempo. El *caló* que se habla hoy en España no es en todo, por cierto, el mismo que se hablaba en tiempo de los *jaques*, ni siquiera el de la época del Tío Cañillitas; como distan mucho el *riñonisco* y el *argot* más reciente, de Eugenio Sue, que se hablaba en los *tapis-francs*, de ser el *jars* que se oye hoy en La Villette, Menilmontant, La Glacière, Belleville y *chez le Père Lunette*, en el Chateaux Rouge, etc., etc., últimos *caboulots* que pronto desaparecerán en la gran capital.

RUBÉN DARÍO.

AMÉRICA

PROBLEMAS DE FONÉTICA, RESUELTOS SEGÚN UN NUEVO MÉTODO, por Eduardo de la Barra. (Editor: Félix Lafouane). La fonética de la lengua castellana está por hacerse y otro tanto puede decirse respecto á las demás lenguas europeas, las cuales apenas si poseen estudios fragmentarios; mas no reducidos á un sistema único, de carácter científico, como puede y debe ser. Así dice en el prólogo de su último libro, el filólogo eminente que ofrece tan valiosa y continua contribución á la ciencia americana.

La fonética de la lengua castellana está por hacerse, por más que, como lo reconoce el Sr. de la Barra, háyanse consagrado á trabajos de este género hombres de tanto mérito como Andrés Bello, Rufino J. Cuervo y Miguel Antonio Caro, sin nombrar á los peninsulares, cuyo número es muy considerable, y entre los cuales descuella el académico D. Eduardo Benot, autor de un extenso tratado, de aparición reciente, sobre *Prosodia y versificación*.

Divídese el libro del Sr. D. Eduardo de la Barra en cinco capítulos. Estudia en el primero los *diptongos* y *adipitongos*. «He tenido la suerte, dice, de reducir la debatida cuestión de la diptongación castellana á un solo problema que la abarca por completo y del cual he deducido sus reglas claras, sencillas y precisas, cortas en número y libres de odiosas excepciones.» Ha sustituido el método sintético al analítico, la diptongación fonética á la etimológica, ó sea las cinco vocales, al extenso vocabulario de la lengua castellana y sus fuentes. Trata el segundo capítulo de la *diéresis* y la *sinéresis*, y acompaña sus reglas y sus deducciones con tablas gráficas y ejemplos numerosos. El tercer capítulo se refiere á los *triptongos*.

Los dos últimos, que componen la segunda parte del tratado, están consagrados á la *sinalefa* y el *hiato*. «El método que empleo, dice el autor, es nuevo y conduce á un sistema armónico muy distinto de las minuciosas reglas sueltas que se han dictado al acaso.» Un procedimiento ingenioso y exacto, lo lleva á reducir ese sistema á dos reglas únicas.

No olvidaremos en esta breve noticia, el apéndice, que contiene notas interesantes sobre la *escala de las vocales* y las *vocales alongadas*, la *pronunciación americana* y las *palabras compuestas* (asunto este último al cual consagró el autor un libro entero, desaparecido en el saqueo de que fué víctima en 1891).

Bastan las anteriores líneas para apreciar el singular mérito del nuevo trabajo del señor de la Barra, ofrecido

por él como una ofrenda, aunque modesta, digna de ser dedicada como testimonio de gratitud a este país hospitalario, donde ha encontrado fraternal y benévola acogida.

R. J. F.

TIPOS Y CARACTERES PUERTORRIQUEÑOS.—(Imprenta Nacional de Puerto Rico.—Biblioteca del Buscapé.—San Juan de Puerto Rico).—Un escritor antillano cuyo nombre es muy conocido en el mundo literario de lengua castellana, nuestro amigo Fernández Juncos, Director de la *Revista Puertorriqueña* y del ameno semanario *El Buscapé*, ha publicado la tercera edición aumentada de su libro *Tipos y caracteres*. El Sr. Fernández Juncos pluma con un estilo juaguetón y ligero escenas, costumbres y figuras típicas de su país en esta obra entretenida, correcta y de gran interés local. Al final del prólogo dice el autor: «Tras de este volumen de *Tipos y caracteres* seguirá otro de *Costumbres y tradiciones*, cuya edición se la comenzado ya.» Aguardamos.

TRINTES.—Colección de elegías, de Juan Fernández Ferrás.—(San José de Costa Rica).—Imprenta Nacional.—El autor—distinguido filólogo, americanista de nota, cuya personalidad docente saludamos de paso—dice estas palabras en la explicación previa de su libro: «Cada día 2 de Noviembre, casi sin interrupción, he escrito una elegía y durante una época bastante larga, con motivo de la Fiesta de Difuntos que un amigo y yo iniciamos en el Cementerio de Cartago y que con rara constancia se sostuvo allí hasta hace poco, lei estas composiciones delante de numeroso auditorio. Como mis pobres versos desenvuelven o cantan en cada vez un principio o teoría, una creencia o una escuela filosófica diferente, llamaba yo familiarmente a estas recitaciones *mis herijias*.» Las composiciones de nuestro inolvidado amigo y compañero del Congreso Literario de Madrid son, en verdad, tristes!

ESTANCIAS.—por Carlos A. Gutiérrez.—*Confidencias—Nueva primavera—Nocturnos*.—(Santiago de Chile—Imprenta de M. J. Mejía, Teatinos, 45).—¿Todavía por el amor becerquero?

*Bellas mujeres que a la alegre orgía
Llevarán el corazón gastado y seco.
Dejadme con mis tiernas ilusiones,
Dejadme con mis sueños.
Locas pasiones que en voluble giro
Arasistrán a las almas hasta el cielo,
Dejadme, etc.*

El Sr. Gutiérrez da a conocer, en varias de las poesías contenidas en su bien impreso libro, que tiene un talento innegable y que, con menos clichés y más amor a la forma, quizá saludaríamos pronto en él a un poeta sutil y elegante.

FLOR DE TRÉPOL.—por Santiago Maciel; poema.—(Montevideo—Imprenta «El Siglo Ilustrado», de Turians, Varal y C.).—El prólogo, del Sr. Luis Melián Ladrón, interesante y entusiasta. En el poema hay sinceridad, americanismo, versos muy felices, epifonemas *nudarcinus* o *diazmironianas*:

*¡que el ave que halla el nido destrozado,
muere con la nostalgia de su nido!*

Audaz, domlo del instrumento poético. Pero... «siendo ventajosamente conocido ha tiempo por su elegante y fecundo «estro poético», ¿no se nos permitirá exigir al autor algo más digno de su fama?

VIBRACIONES PSÍQUICAS, poema en tres cantos, por Estilberto Zagarra Ballón.—(Arequipa—Imprenta de «La Revista del sur»).—Un prólogo, en que el Sr. Ignacio Gamio amontona sobre los hombros del poeta pesos que no puede este resistir... Buena voluntad, mucha. En cuanto al poema:

.....
.....
.....
.....
.....

Mucho amor, mucho fuego, y en la forma, Núñez de Arce por ver!

FIDELIA, novela venezolana de Gonzalo Picón Febres.—(Caracas—Antilla nolandesa).

Otra novela venezolana: GUILLERMO, por F. Betancourt Fiqueroa.—(Valencia—Imprenta de «El Diario»).

WATKINS, por C. F. Ramírez.—(Havana—Imprenta «La Esfera», Hernán, 24).—Nuestro amigo el delicado y culto poeta M. S. Pichardo, Director de *El Figaro* habanero, dice lo siguiente:

«Un distinguido caballero de esta ciudad, que se dedica a los negocios, de posición brillante y muy estimado en el círculo pequeño de las personas que hemos tenido la suerte de apreciar su poderosa inteligencia, su ilustración vastísima y su modestia sin segundo, acaba de

publicar un libro sobre *Watkyn*, que a nuestro juicio es una monografía completa de la famosa batalla y un documento de suma utilidad para nosotros los que conocemos las peripecias y accidentes de aquella por la historia de los franceses. También es un trabajo de oportunidad en estos momentos en que se ha puesto de moda en Europa hablar de cuanto se relaciona con los recuerdos del insigne guerrero.

E. C. Ramírez—que con este pseudónimo se oculta el Sr. E. C. Ramírez—ha tomado por base de su estudio obras e historias que no fueran exclusivamente de origen francés, como expone en el preliminar de su libro.

Tiene para sí el autor—y piensa en esto, como en todo, con mucho acierto—que la inmensa mayoría de los que han leído en nuestro idioma el relato de la celebre campaña de Napoleón el Grande, en Bélgica, en 1815, lo han hecho en las traducciones de las populares e interesantísimas obras de Victor Hugo, Thiers y Lamartine; y cree, además, que son muy pocos los que han tenido oportunidad de conocer las crónicas de tan memorables sucesos, según los describen los que tuvieron la fortuna y, más que la fortuna, la gloria, de derrotar definitivamente al más famoso general de nuestro siglo.

«La imparcialidad de la historia exige que se oiga en casos tales a ambos contendientes.» «Las brillantes, dramáticas y bellas descripciones de los autores aludidos, añade E. C. Ramírez, pueden considerarse como la versión francesa más popular y admitida de la sangrienta campaña. Justo es, por tanto, que consignemos también los hechos tal cual los refieren los que en Ligny, Cuatro Brazos y Waterloo combatieron contra el aguerrido y valeroso ejército francés, para formar recto y cabal juicio de los mismos.»

«Y concluye el preliminar, modestamente, declinando el autor toda originalidad y asegurando que sus páginas no son más que un extracto de historias especiales de la campaña escritas por ingleses, alemanes, prusianos y también franceses.»

La edición nos llega ilustrada con muy buenos grabados, hechos expresamente por artistas italianos.

LA CIUDAD BLANCA.—por M. S. Pichardo.—(Havana—Tomo V de la Biblioteca del Figaro).—Lo estamos esperando desde hace muchos días, queridísimo poeta!

DOCE POESÍAS.—por Francisco A. Gamboa.—(San Salvador—América Central).—Bello volumen. Que se quite al admirable poeta salvadoreño Gavidia el diploma de miembro correspondiente de la R. A. E. y se le ofrezca a nuestro excelente amigo Gamboa. (Por qué no dar toda la rindia a ese Pegaso, Sr. D. Francisco?)

EL PICAFLORES.—(Cuadros montevideanos)—Nove a original, por Juan Torrendell.—Montevideo.—«Joya Literaria», de Cuspina, Tix y C.—Escritor de fina observación y descriptor feliz, el Sr. Torrendell, si cuidara más el estilo, cuánto no podría hacer!

R. D.

ESPAÑA

HISTORIA DEL REINADO DE CARLOS III.—El docto académico D. Manuel Danvila ha dado término a la parte que le fué encomendada de la gran historia de España que prepara la Academia de la Lengua. Como se sabe, los dos primeros tomos de la *Historia de Carlos III* han sido publicados ya por el editor López Falcón. La obra de Danvila, dice el distinguido escritor D. Teodoro Llorente, es una completa rectificación de la que hace medio siglo escribió D. Antonio Ferrer del Río. El autor ha consultado no menos de 70.000 documentos inéditos. Especialmente, añade, en lo referente a la expulsión de los jesuitas, que es el suceso culminante de aquella época y que tanto interés ofrece a los historiadores americanos, al cual ha dedicado casi todo el tomo III, llamará mucho la atención del mundo católico la publicación del expediente original que Ferrer del Río supuso perdido y que Danvila ha tenido la suerte de encontrar y adquirir. Por él y por las cartas que D. Manuel de Roda, Ministro de Gracia y Justicia, escribió reservadamente de orden del Rey al marqués de Tannucci, podrán conocerse por primera definitiva las verdaderas causas que obligaron a Carlos III a extrañar de los dominios españoles a los individuos de la Compañía de Jesús.

—El editor Fernando Fe ha reunido en un volumen, con el título *Agua pasada*, algunos trabajos escogidos de Ramón Rodríguez Correa.

—El Sr. Angel Lasso de la Vega, ha dado a *La Ilustración Española y Americana*, un estudio sobre las *Poesías luso-hispanas de los siglos XVI y XVII*. Escaso es el caudal de datos nuevos o interesantes con que este trabajo contribuye a la historia de las letras ibéricas, pero es apreciable en conjunto y como obra de erudición.

—Don Anselmo Salvá, correspondiente de la Real Academia de la historia y cronista de Burgos, ha publicado un tomo de *Reminiscencias burgalesas*, capítulos muy interesantes sobre la historia de la ciudad del Cid.

JORGE AGUILAR.

SUMARIO

CANTO DE LA SANGRE.—Rubén Darío.
LOS PORTAS JÓVENES DE FRANCIA.—Enrique Gómez Carrillo.
ANGEL CAIDO.—Rafael Núñez.
BUEENOS AIRES PINTORESCO.—La Boca.—«Brocha Gorda».
1851.—(La leyenda de los siglos).—V. Hugo.—Leopoldo Díaz.
MOSES COS BIZANTINOS.—Zor.—R. James Freyre.
A RAQUEL BALMACHEDA.—Pablo Della Costa.
GABRIEL D'ANNUNZIO.—Rubén Darío.
AL «TROTÉ».—Miguel Ed. Pardo.
TEATROS.—*El monólogo*—E. Roncoroni.
LIBROS Y PERIÓDICOS.—*La Traducción de la Divina Comedia—El idioma del delito—Problemas de Fonética—España, etc.*—R. D.—R. J. F.
—Jorge Aguilar.
MÁRMOL GRIEGO.—Justo A. Facio.
LA PRENSA Y LA «REVISTA DE AMÉRICA».

LA PRENSA Y «LA REVISTA DE AMERICA»

«*Revista de América*».—Directores: Rubén Darío y Ricardo James Freyre.—Ha aparecido ayer el primer número de esta nueva revista literaria. El nombre de sus directores es una garantía, una promesa de pago a su propio fijo, perfectamente descomtable en el mercado del talento.

Rubén Darío no necesita de presentación. Él y Salvador Rueda son los maestros de una escuela nueva, ó mejor dicho, de una escuela que resucita y que hasta ahora cuenta con pocos adeptos, debido a que lo difícil no es accesible a todo el mundo. James Freyre, el hijo de «Brocha Gorda», sigue las aguas de Rubén Darío, y le sopla buen viento. Les pasa a ambos lo que al Dante:

*Per correr miglior acque, alza le vele
Ormai la navicella del m'ingegno.*

Han encontrado los dos estrecho el campo de la dialéctica literaria moderna, y han ido a buscar en la forma, en el color y en el sabor de las lecturas antiguas el desahogo de sus espíritus impregnados de poesía y de clasicismo.

Su revista será el espejo de sus tendencias y de sus aspiraciones literarias. El primer número trae un programa que es toda una tentativa brillante, pues tratan los cultores del arte puro de mantener el pensamiento de la innovación y el respeto a la tradición y a la jerarquía de los maestros y de trabajar por el brillo de la lengua castellana, lo que importa empujar el espíritu y el intelecto al culto de la belleza eterna.

Los que no comulgan con estos caballeros cruzados del arte tacharán quizá de pretencioso el programa de la *REVISTA DE AMÉRICA*; pero los que sabemos con qué fervor y con qué fe persiguen sus directores los ideales que el encierra, lo encontramos natural y lógico, puesto que se encuadra perfectamente dentro de la modalidad espiritual de cada uno de ellos.

La aparición de la *REVISTA DE AMÉRICA* debe ser saludada con cariño por todos aquellos que, sin ser príncipes en los torneos de la ciencia gay, buscan el deleite de la vida en la admiración de las cosas bellas. El nuevo cuaderno que cae sobre nuestra mesa de trabajo puede ser una gota de agua fresca en la aridez de este campo del periodismo militante, que sólo trae desazones y angustiamientos a los más fuertes y a los más impávidos, y que suele producir tantos estragos entre los que, en el primer arrojó, creen que han de escalar las altas cumbres.

Sea, pues, bienvenida la *REVISTA DE AMÉRICA*, que la acográn senos cariñosos y encontrará entre los que saben pensar, los que saben sentir y los que saben amar lo bello, lo bueno y lo verdadero, manos amigas que estrechen efusivamente las suyas.—(La Nación.)

«*Revista de América*».—Ayer apareció el primer número de esta revista literaria, que dirigen los señores Rubén Darío y Ricardo James Freyre, y cuya aparición anunciamos hace algunos días.

En este número han colaborado los señores Arreguine, Alemaun, «Brocha Gorda», Cothreau, Darío, Díaz, Ebelot, Gómez, Carrillo, James Freyre, Julián Martel, Lobos, López-Benedict, Mitre y Vedia, Mosca, Rey y Rueda. Muchos de estos trabajos de colaboración versan sobre la cuestión social contemporánea, acerca de la cual ha querido la *REVISTA DE AMÉRICA* consignar la opinión de algunos de los directores de los diarios de Buenos Aires, teniendo en cuenta la transcendencia de tan vital asunto.

La nueva publicación empieza muy bien, con selecta y amena lectura y con un aire de distinción, que es quizá el más amable de los caracteres.—(La Prensa.)

En periódico nuevo.—Acaban de darme una buena noticia: Rubén Darío lanza un periódico de combate.

De combate literario, naturalmente, en que el caballero de la divisa azul y gules de oro en campo de plata, podrá lucir las galas de su brillante armadura.

Pero no es él solo. Ya ustedes conocen a Ricardo James Freyre. Es un joven *estete*. Ha escrito cosas de primer orden.

El periódico se llamará *REVISTA DE AMÉRICA*. Su bandera será: *Belleza y Arte*.

Al saludarlo, le deseo el triunfo de su gran causa. Después me ocuparé de él como merece. Es todo un acontecimiento literario.—JULIÁN MARTEL.—(La Ilustración Sud-Americana.)

«*Revista de América*».—Nous annonçons avec plaisir l'apparition d'une publication exclusivement littéraire, la *REVISTA DE AMÉRICA*, dirigée par MM. Rubén Darío et Ricardo James Freyre. Le premier numéro a réellement bon air et invite à la lecture. Nous connaissons le talent des deux jeunes directeurs: M. Darío, notamment, est un prosateur curieux d'effets nouveaux et très occupé à assouplir la forte langue espagnole. Oserons-nous dire que, sur le titre, nous nous attendions à une saveur américaine plus marquée? Les trois principaux articles du numéro paru traitent de la poésie des troubadours, des poètes décadents et du jeune artiste italien—d'ailleurs surfait, disent ses compatriotes—Gabriel d'Annunzio. Une étude sur Karl-mann (qui d'ailleurs ne signifie pas *Carulus Magnus*) manque un peu d'actualité, comme les deux autres d'américanisme. Mais c'est le numéro d'essai; et les deux directeurs—talent obligé—ne manqueront pas de nous donner bientôt du nouveau.

En attendant, nous leur souhaitons tout le succès qu'ils méritent pour leur vaillance et leur amour de l'art.—(Le Petit Journal).

Another healthy babe in the Editorial Bus!—The *REVISTA DE AMÉRICA*. We wish it well, as also its distinguished parents, the able writer and poet, Rubén Darío and his worthy young colleague, Don Ricardo James Freyre son of our esteemed friend Don J. L. James of *La Nación*. Young James has given us another proof of his ability in «La Poesía Legendaria». Every line of it is carefully written. As is Darío's article on Gabriel d'Annunzio it is real literature and proves that Darío is one of our best writers. We must not forget our good colleague Julián Martel, whose «Señor de Zavaleta» is a splendid character. The other articles and poetry are first class reading, and we wish the *REVISTA DE AMÉRICA* the health and prosperity it richly deserves.—(The Standard.)

«*Revista de América*».—«Être l'organe de la génération nouvelle qui, en Amérique, professe le culte de l'Art pur, et désire et cherche la perfection idéale; être le lien qui rend une et forte l'idée américaine dans la communion artistique universelle; combattre contre les fétichistes et contre les iconoclastes;... servir dans le Nouveau Monde et dans la ville la plus grande et la plus pratique de l'Amérique latine l'aristocratie intellectuelle des républiques de langue espagnole; voilà quel est notre dessein.»

Tel est le fier programme que MM. Rubén Darío et Ricardo James Freyre ont placé en tête du premier numéro de la revue bi-mensuelle qu'ils viennent de fonder. Nous ne pouvions mieux faire que de le reproduire, il est difficile de dire plus de choses en moins de mots.

Quel que soit le succès de cette tentative, elle est inspirée par un sentiment de l'art très élevé et très ferme, et est aussi née du pur souffle de rénovation philosophique et littéraire qui passe aujourd'hui sur le monde.

Nous souhaitons à nos jeunes confrères et à la phalange d'écrivains de talent qu'ils ont groupés autour d'eux autant de lecteurs qu'ils méritent, ici et dans toute l'Amérique espagnole.

Alexandre Dumas père raconte quelque part que se trouvant au haut de la flèche de la cathédrale de Bruxelles, à une hauteur vertigineuse, avec son fidèle ami le peintre Jadin, si nos souvenirs sont exacts, il lui fit fort judicieusement observer qu'il arriverait forcément un moment où cette flèche se jetterait par terre tout de son long. Cela posé et admis, il ajouta qu'il serait énormément désagréable que ce moment, impossible à déterminer *a priori*, sur vint justement pendant qu'ils se trouvaient au haut de ce monument branlant. Sur quoi Jadin se mit à dégingoler, avec une célérité désespérée, l'escalier à vis qui débouchait jusqu'au faite.

C'est la remarque absolument opposée qu'il convient de faire à propos de l'apparition de la REVISTA DE AMÉRICA. Il arrivera forcément un moment où une revue se fondera dans des conditions assez propices pour réunir en faisceau toutes les forces vives de littérature et d'art éparses sur ce continent, et devenir l'expression synthétique de la civilisation hispano-américaine.

Cet événement ne s'est pas encore présenté, de même que la flèche de Sainte Gudule est toujours debout; mais il se réalisera un jour ou l'autre, de même que la flèche est fatalement appelée à choir.

Pour la flèche, il est à désirer que ce soit le plus tard possible, soit! Pour la revue, il n'est pas un seul ami de ces jeunes, vivaces et turbulentes républiques, et de la note qu'elles représentent dans le concert de l'humanité, qui ne souhaite que cela se réalise au plus tôt.

Et pourquoi ne serait-ce pas précisément à l'heure où Alexandre Dumas et le fidèle Jadin... nous voulons dire M. Rubén Darío y M. Ricardo Jalines Freyre, seraient là juste à point pour assister à l'événement, que celui-ci se produirait? Nous ne voyons pas de raison qui s'y oppose, et nous en apercevons plusieurs qui seraient plutôt favorables à ce résultat.

En tout cas, c'est là une tentative à laquelle nos encouragements sont acquis comme toutes nos sympathies. Ce n'est sans doute pas grand chose; mais on donne ce qu'on peut. — (*Le Courrier de la Plata*).

"Revista de América"—Nítido y elegantemente impreso, nos ha visitado el primer número de una nueva publicación quincenal de letras y artes.

El mejor elogio que podemos hacerle es citar el nombre de sus directores, los señores Rubén Darío y Ricardo Jalines Freyre, bien conocidos ambos por las galanuras de su estilo y la verdad de su erudición.

Los propósitos que animan á la REVISTA DE AMÉRICA, según el programa de sus directores, merecen aplauso y protección amplísima; trata la nueva publicación de servir de vínculo literario á todas las naciones sudamericanas, y de mantener vivos entre nosotros el culto del idioma y el amor á lo bello.

Han colaborado en el primer número de la publicación recién aparecida, personalidades de tanto valer como Salvador Rueda, Enrique Gómez Carrillo, Leopoldo Díaz y Julián Martel, llamando la atención en este número una serie de pensamientos de los señores B. Mitre y Vedia, E. Lobos, Alfredo Ebelot, F. López Benedito, Daniel Cothreau y Teodoro Alemann, sobre la cuestión social contemporánea.

Interés, novedad, exquisito buen gusto, todo ello abunda en el primer número de la REVISTA DE AMÉRICA, cuyo envío agradecemos y por cuya prosperidad hacemos sinceros votos. — (*Tribuna*).

"Revista de América"—E' uscito domenica il 1° numero della REVISTA DE AMÉRICA diretta da due chiarissimi ingegni quali sono i signori Rubén Darío e Riccardo Jalines Freyre.

E' una pubblicazione elegante e civettuola, edita col lusso e il buon gusto per cui si acquistò rinomanza la Compagnia Sudamericana de Billetes de Banco.

Consta di 20 pagine, oltre alla copertina in colore, dove le persone anche medianamente colte trovano da passare una mezz'ora in assai buona compagnia.

Nel programma, breve e attraente, la direzione della REVISTA DE AMÉRICA inalbera arditamente la bandiera garibaldina in arte, e se «nella città più grande e pratica della America latina l'aristocrazia intellettuale» è qualche cosa di meglio d'una bella frase, alla pubblicazione dei signori Rubén Darío e Riccardo Jalines Freyre, arriderà la fortuna, perché alle battaglie date per cause nobilissime, dovrebbe essere sempre compagna la vittoria.

Nel primo numero troviamo degli studi, che sono dei graziosi bozzetti, su vari poeti moderni, fra cui uno su uno dei migliori e più giovani poeti italiani: Gabriele d'Annunzio, della cui ultima opera: *Il Trionfo della Morte*, è annunziata una critica nel secondo numero.

Altri lavori, assai pregevoli e dilettevoli, si leggono nella prima puntata dell'interessante pubblicazione che si stacca per l'originalità sua da quelle congeneri.

Sulla questione sociale i direttori della REVISTA DE AMÉRICA richiesero l'opinione di vari direttori di giornali cittadini, e tali risposte che accrescono l'originalità della pubblicazione per la diversità del punto di vista da cui i giornalisti esaminarono l'ardua questione, furono pubblicate nel primo numero testé uscito.

Citiamo i nomi di questi direttori:

B. Mitre y Vedia (*Nación*), E. Lobos (*Prensa*), Ettore Mosca (*Operaio Italiano*), Alfredo Ebelot (*Courrier de la Plata*), F. López Benedito (*Correo Español*), Daniel Cothreau (*Petit Journal*), Teodoro Alemann (*Argentinisches Tageblatt*).

L'abbonamento annuo alla REVISTA DE AMÉRICA costa \$ 10; semestrale \$ 5; mensili 1; ogni copia 60 centavi; gli abbonamenti si ricevono presso le librerie: Espinasse, Moen y Joly, nonché agli uffici provvisori della REVISTA, via Tucuman, 877. — (*L'Operaio Italiano*).

REVISTA DE AMÉRICA

QUINCENAL DE LETRAS Y ARTES

Oficina provisional: TUCUMAN, 877—Administrador HUGO MARONI

SUSCRIPCION

Un mes.....	\$ 1
» trimestre.....	» 3
» semestre.....	» 5
» año.....	» 10
Números sueltos.....	» 0.50
Interior, con un recargo del 20 %.	

Puntos de suscripción en Buenos Aires: Librerías de Espinasse, de Moen, de Mazzuchini y de Joly.